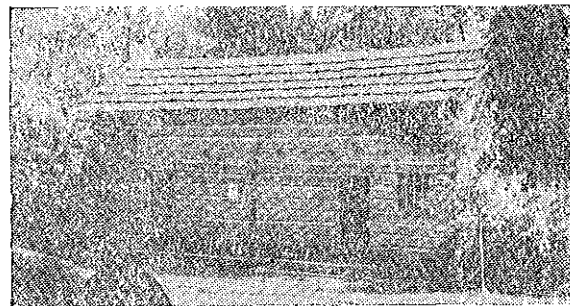
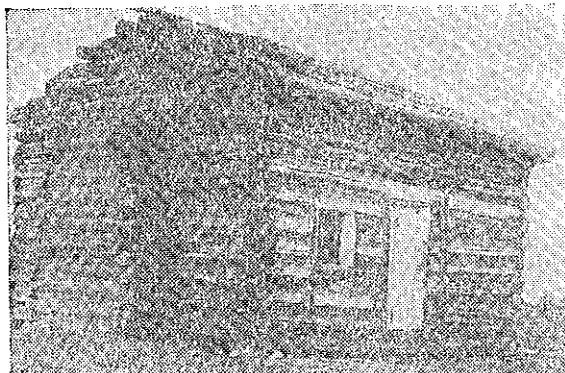


CRONOLOGIA DE SU VIDA

Adaptada de la obra de STEFAN LORANT



Casa donde vivió Lincoln en Illinois

Cabaña donde nació Lincoln en Kentucky

LOS PRIMEROS AÑOS

1809

Una cabaña en los páramos de Kentucky, cinco metros y medio de largo por cinco de ancho. El suelo es de tierra apisonada. Escasa luz entra por la única ventana. Enfrente de la puerta abierta hay un lecho de cáscaras de maíz y pieles de oso. Allí, el 12 de Febrero de 1809, Abraham Lincoln vio por primera vez la luz del día.

En aquella tierra, sobre una loma próxima a una fuente, Thomas, su padre, levantó una cabaña de troncos y allí esperó Nancy la llegada de su segundo hijo. La aparición de éste fue rememorada ocho décadas más tarde por el primo Dennis, el cual contó a un periodista cómo estuvo él en la cabaña no mucho tiempo después del nacimiento del niño.

Nancy —cuenta Dennis— estaba tendida en una cama hecha de palos, con un aspecto de extrema felicidad. Tom había encendido un buen fuego y echó una piel de oso sobre las cubiertas de la cama para conservarlas calientes. Luego llegó la tía de Nancy, lavó al recién nacido, lo envolvió en una saya de franela amarilla y en una camisa gruesa de Tom, preparó unas pasas con miel silvestre para Nancy, ordenó las cosas y se fue a su casa. Y esa fue toda la asistencia que recibieron madre e hijo —terminó Dennis.

1810

El mundo en el que entró aquel niño no era ni mejor ni peor de lo que suele ser generalmente el mundo. Había en él guerra y paz, había ricos y pobres, amor y odio, felicidad y desgracia. En los Estados Unidos, Thomas Jefferson estaba concluyendo su segundo período presidencial. Diecisiete Estados formaban la Unión y el país tenía una población de 7 200 000 habitantes, incluyendo 1 900 000 esclavos. En Europa, Inglaterra combatía contra Francia intentando cambiar la suerte de las armas en su lucha contra Napoleón. Deseando permanecer neutrales, los Estados Unidos habían suspendido el comercio con los beligerantes.

1811

El suelo de la finca de Nolin Creek resultó estéril y Thomas compró otra propiedad en una región más densamente poblada, en la vieja Ruta de Cumberland, el transitado camino entre Louisville y Nashville. Allí se trasladó la familia en algún momento del año 1811. Lincoln rememoraría luego sus primeros recuerdos de la casa de Knob Creek.

1812

“Nuestra finca estaba compuesta por tres parcelas situadas en el valle entre altas colinas y profundos barrancos. A veces, cuando llovía copiosamente en las montañas, el agua se desbordaba por los barrancos y cubría la finca. La última cosa que recuerdo haber hecho allí sucedió un sábado por la tarde. Los otros muchachos plantaban maíz en lo que llamábamos el “campo grande” —tenía siete acres— y yo sembraba semillas de calabaza. Depositaba dos semillas en cada caballón y en cada surco. El domingo siguiente por la mañana descargó un fuerte aguacero en las montañas, en el valle no cayó ni una gota, pero el agua, bajando por los barrancos, barrió la finca, llevándose tierra, maíz, semillas de calabazo y todo”.

1813

1814

1815

Cuando Abraham cumplió seis años emprendió el trabajoso camino de la escuela para aprender a leer, escribir y contar. Pero aprendía más en los campos circundantes que en la

escuela en las profundas depresiones y barrancos, en los cedros y en las claras aguas del arroyo, en la tierra, serena y tranquila, tan nueva como el día de su creación

Durante cinco años, la familia vivió en la finca de Knob Creek. Desde allí, un día invernal de 1816, un año tan frío que se le recordaba como el año del hielo, los Lincoln partieron hacia Indiana. Thomas, como otros colonos de Kentucky, se vio envuelto en pleitos sobre la propiedad de sus tierras. Tres veces hubo de defender ante los tribunales los terrenos que había comprado, trabajado y mejorado. Ahora quería ir a un Estado donde existiera el registro de la propiedad, donde los títulos estuvieran garantizados y donde la posesión de la tierra no fuese fuente de preocupaciones.

1816

"Tom llevó sus herramientas" —recordaba Dennis— "y mil quinientos litros de whisky para trocarlos por tierra con el Sr Gentry. Las tierras estaban en el Condado de Spencer, a cierta distancia del río Ohío. Tuvimos que derribar árboles para abrirnos camino hasta el lugar, pero la tierra era buena, había madera que las mujeres podían utilizar como leña para el fuego, estaba junto a un arroyo, con un salegar a mano y con una fuente de buen agua"

1817

Fue entonces que Abraham comenzó desde temprano a inclinarse por la caza. Cuando una bandada de pavos salvajes se acercó a la cabaña, Lincoln, por una hendidura, tiró uno de ellos.

Dos años pasaron así, dos años de trabajo, dos años de vida sin mucho que recordar. Pero el año 1818 no se olvidaría nunca. Un año sombrío, trágico. En el otoño, Thomas Sparrow y su mujer contrajeron la fiebre láctea y murieron. Luego Nancy cayó a su vez enferma y murió también.

1818

"¡Oh Señor, Señor!" —recordaba Dennis, cronista de aquellos días— "Nunca olvidaré aquello, la desgracia que cayó sobre la cabaña y los bosques con la muerte de Nancy. Abe y yo ayudamos a Tom a hacer el ataúd. Cogió un tronco sobrante de los que sirvieron para hacer la cabaña y yo le ayudé a serrarlo en tablones y luego a cepillarlos. Abe y yo sosteníamos los tablones mientras Tom les hacía agujeros y los ensamblaba con listones que Abe había cortado"

Thomas necesitaba una esposa y los niños necesitaban una madre. Un día se encaminó a Elizabethtown para hablar con Sarah Bush, a la que había cortejado antes de casarse con Nancy Hanks.

Lo que la nueva señora Lincoln encontró en Pidgeon Creek no fue como para animar a nadie; una cabaña sin ventanas ni pavimento y unos niños desgreñados y sucios.

1819

Abraham adoraba a su nueva madre y ella le quería profundamente.

"Era el mejor muchacho que vi jamás" —contestó ella siendo ya anciana—

Y Lincoln dijo: "Todo lo que soy o espero ser lo debo a mi angelical madre. Ella le impulsaba a la lectura. Abe leía todos los libros que podía encontrar y cuando hallaba un pasaje que le interesaba y no tenía papel a mano, lo copiaba en una tabla hasta que se hacía de papel y lo copiaba, luego lo leía y releía constantemente. Y recordaba que Abe podía aprender fácilmente y retener en la memoria mucho tiempo lo leído. Cuando aprendía algo lo aprendía bien y del todo"

"Cuando padre y madre iban a la iglesia, Abe solía coger la Biblia, leía un versículo, elegía un himno y todos cantábamos. El predicaba y nosotros llorábamos"

En su décimo año recibió de un caballo espantado una coz que le dejó inconsciente. Sucedió en el molino, cuando llevaba el animal con el fin de emplear su fuerza para moler un poco de maíz. Iba a exclamar: "Vamos, vamos, Hussy, pero todo lo que pudo decir fue: "Vamos, vamos" antes de recibir el golpe. Cuando recuperó el conocimiento al siguiente día lo primero que dijo fue: "Hussy, terminando la frase que había comenzado la víspera. Aquel accidente pudo influir en su posterior tristeza y melancolía."

1820

Había crecido mucho. Antes de cumplir los dieciséis años medía 1,88 metros de estatura y pesaba alrededor de 78 kilos. Los vecinos alquilaban sus servicios para manejar el hacha, con la que cortaba postes para los cercados y talaba el bosque. Los que le conocían afirmaban que era perezoso, siempre leyendo y pensando.

1821
1825

Por las noches solía acercarse a Gentryville para pasar un rato en la tienda. Era buen

1826

conversador, tenía buena maña para imitar a la gente y talento para la oratoria. Sabía contar historias con tanta gracia que provocaba como nadie la hilaridad de un auditorio.

1827

Cuando tuvo diecinueve años fue contratado por el Sr. James Gentry para conducir una almadía cargada de mercancías hasta Nueva Orleans. El y el hijo de Gentry comerciaron río abajo a lo largo de la llamada costa del azúcar. En aquel viaje hubieron de rechazar el ataque de una banda de negros.

1828

1829

1830

Offutt, que los acompañó al principio del viaje, tomó afecto a Abraham, y queriendo favorecerle, le contrató para que, a su regreso de Nueva Orleans, se encargara de un almacén con molino que poseía en Nueva Salem.

Thomas Lincoln resuelve llevar su familia a Illinois. Abraham conduce una de las carretas.

1831

En Julio de 1831 Lincoln llegó a Nueva Salem. Tenía 22 años y había llegado a una edad en que era ya dueño de sí mismo. "Pero"—como él diría posteriormente—"yo ignoraba muchas cosas. Sabía leer, escribir y contar hasta la regla de tres, pero eso era todo. Nunca estudié en un colegio o academia. Lo que poseo en materia de educación lo he ido recogiendo aquí y allá bajo las exigencias de la necesidad."

A un eclesiástico que le preguntaba cómo había conseguido esa insólita facultad para exponer las cosas, considerando que debió de ser gracias a su educación, Lincoln le contestó meditando las palabras. Ningún hombre la tiene sólo por don de la naturaleza. Y luego explicó:

"No fui a la escuela más de doce meses en toda mi vida. Pero, como usted dice, esta facultad mía debe de ser un producto de educación en alguna forma. Entre mis primeras memorias recuerdo que, siendo niño, me solía enfadar cuando alguien me hablaba de tal manera que no podía entenderle. Me parece que nunca me he irritado por nada más en mi vida. Pero esto siempre me sacó de mis casillas, y sigue sacándome. Recuerdo una vez que me fui a mi pequeño dormitorio, después de oír una conversación de ciertos vecinos nuestros con mi padre, y me pasé no poca parte de la noche yendo de un lado a otro de la habitación e intentando comprender el exacto significado de algunas de sus, para mí, oscuras palabras. No podía dormir, por mucho que lo intentara, cuando me lanzaba a la caza de una idea, hasta que creía haberla comprendido, y cuando creía haberla comprendido no quedaba satisfecho, y la repetía una y otra vez hasta expresarla de una manera suficientemente clara para que, en mi opinión, pudiera entenderla cualquier muchacho amigo mío. Esto fue en mí una especie de pasión que he conservado porque, aún hoy, cuando medito una idea, no me siento a gusto hasta que la he orientado al norte, al sur, al este y al oeste."

Cierta vez, cuando estaba en plena campaña electoral por la Presidencia, un periodista le preguntó por los días de su niñez, a lo que contestó Lincoln que sería una gran equivocación intentar conocerle mejor a través de los primeros años de su vida. "Mi niñez puede resumirse en una sencilla frase que puede usted encontrar en la Elegía de Grey: los breves y simples anales de los pobres. Así fue mi vida y eso es todo lo que usted o cualquier otro podrán sacar en limpio de ella."



Sara Busk Johnston, madrastra de Lincoln.

UN JOVEN SE GANA LA VIDA

Cuando llegó para establecerse indefinidamente y por primera vez por sí mismo en Nueva Salem, sólo un puñado de familias vivían allí. Era una pequeña comunidad que nunca llegó a

ser grande En su apogeo, el poblado jamás llegó a contar más de cien vecinos.

Aquel larguirucho joven exploró el terreno, se dio a conocer y cuando Denton Offutt llegó con las mercancías, el almacén abrió sus puertas.

Era como tantos otros almacenes de la frontera pieles, mitones, cueros, vasijas, platos y cristalería llenaban los estantes, azúcar, sal y café, importados a través de San Luis, estaban sobre los mostradores, y las armas de fuego, las sillas de montar, los yugos para bueyes y las herramientas se amontonaban a lo largo de las paredes y llenaban los rincones

Situado sobre la alta ribera del río Sangamon y cerca del molino, el almacén estaba junto al saloon de Bill Clary, cuyo hermano fundó el poblado de Clary's Grove, en el que habitaba una tropa de jóvenes alocados, bebedores y pendencieros Su jefe era Jack Armstrong, el más fuerte de todos

Mas para Denton Offutt nadie podía ser más fuerte que su empleado, quien —según proclamaba jactanciosamente— era capaz de derribar a cualquier hombre de la vecindad Para probar que no era así, Armstrong desafió a Lincoln a luchar con él Aquel fue el acontecimiento más famoso en la historia del poblado Ninguno de los dos pudo derribar al otro, pero desde entonces Lincoln se ganó el respeto de los muchachos

Las horas pasaban agradablemente en el almacén Cuando entraba un cliente, Lincoln solía echar una parrafada con él, y cuando la tienda quedaba vacía, leía y estudiaba Se hizo amigo de Mentor Graham, el maestro, quien le enseñó matemáticas y le alentó a estudiar gramática Otro habitante del poblado, el acomodado Jack Kelso, le leía versos, iniciándole en el mundo encantado de Shakespeare y Robert Burns.

Al llegar la primavera, animado por su gran popularidad entre sus inmediatos vecinos Lincoln decidió presentarse a las elecciones para la Cámara Legislativa del Estado En una circular anunciaba su candidatura y exponía su política, abogando por mejoras internas, ayuda a la educación y medidas contra la usura. "Se dice que todo hombre tiene su ambición peculiar" —decían las líneas finales de su programa—, "sea esto cierto o no, yo puedo decir, en lo que a mí respecta, que no tengo otra tan grande como la de ser verdaderamente estimado por mis compatriotas por el sistema de hacerme a mí mismo digno de su estima Hasta dónde lograré satisfacer esta ambición es todavía algo por descubrir Soy joven y desconocido para la mayoría de ustedes Nací y he marchado siempre por las más humildes sendas de la vida No tengo fortuna ni relaciones populares que me recomienden Mi suerte está depositada exclusivamente en los votantes independientes de este condado y si soy elegido me habrán concedido una confianza que compensaré trabajando sin descanso. Pero si el buen pueblo, con su sabiduría, juzga conveniente dejarme en la oscuridad, estoy lo bastante familiarizado con los desengaños para no quedar demasiado entristecido".

En Pappsville pronunció un discurso, ataviado con un raro atuendo: pantalones cortos de lino, camisa de percal, calcetines azules de hilo y sombrero de paja. De pronto empezó una trifulca entre el auditorio Lincoln bajó del estrado, echó mano al individuo que había empezado la lucha asíéndole por el cuello y el fondillo de los pantalones y le lanzó a tres metros de distancia. Luego continuó: "Mi política es breve y suave como el baile de la anciana del cuento Estoy a favor de un Banco Nacional, estoy a favor de un sistema de mejoras internas y de unas elevadas tarifas proteccionistas Estas son mis opiniones y mis principios políticos Si me elegís os lo agradeceré, si no, os lo agradeceré también".

No fue elegido "la única vez" —como él recordaba luego— "que fui derrotado por una votación directa del pueblo" Y para poner peor las cosas, el almacén de Offutt hubo de cerrar y él se encontró sin empleo Entonces pensó en aprender el oficio de herrero, pues aunque intentaba estudiar Derecho, imaginaba que le sería imposible triunfar como abogado por carecer de la formación adecuada

Gracias a la ayuda de sus amigos fue nombrado administrador de correos de Nueva Salem, un cargo demasiado insignificante para constituir un obstáculo en su carrera política Desempeñó su puesto durante los tres años siguientes ganando un dólar semanal por término medio

Para redondear sus mezquinos ingresos cortaba postes, ayudaba en un molino, echaba una mano en la recolección de las cosechas, guardaba el almacén en lugar de Sam Hill y hacía todos los trabajos que se le presentaban Cuando el agrimensor del Condado decidió nombrarle

1832

1833

ayudante suyo, se enfrascó en el estudio del Tratado de Geometría, Trigonometría y Agrimensura Rectangular de Flint, compró una brújula y una cadena de agrimensor y también, a crédito, un caballo y una silla de montar.

Por medir cada cuarto de milla cuadrada recibía aproximadamente dos dólares y medio y cargaba dos dólares diarios por los viajes. Como señaló después en su esbozo de autobiografía, esto me daba el pan y contribuía a mantener unidos el alma y el cuerpo.

En una de sus primeras mediciones de tierras le pagaron con un par de pieles de gamo con las que Hannah Armstrong, la mujer de Jack, forró sus pantalones para protegerlos contra los abrojos.

1834

En el verano de 1834 intentó de nuevo entrar en la Legislatura, y esta vez fue elegido. Durante la campaña electoral, el comandante John Todd Stuart, uno de los jefes del partido whig de aquel Estado, le animó a dedicarse al Derecho. Lincoln le pidió prestados algunos libros y se aplicó al estudio con toda seriedad. Estudiaba él solo. Y todavía se dedicaba a la agrimensura para pagar la pensión y las cuentas de su ropa.

1835

Al otoño siguiente, el legislador de 25 años se compró un traje nuevo para presentarse en Vandalia, capital de Illinois.

1836

En Vandalia, Lincoln aprendió el arte de la política. Con sus ojos bien abiertos y sus oídos atentos, observó y vigiló; ganó amigos y aprendió a conocer a la gente. Al terminar la Legislatura regresó a Nueva Salem, reanudó su trabajo en la administración de correos, continuó sus actividades como agrimensor y estudió leyes.

En 1836 fue reelegido como uno de los nueve whigs del Condado de Sangamon.

La décima Asamblea General de Illinois, que se reunió en Diciembre de 1836, resultó una de las más notables en la historia de aquel Estado. Se aprobó un número sin precedente de leyes, adoptándose disposiciones que hicieron posible un vasto plan de reformas internas. Lincoln desempeñó una parte activa en los debates, era ya un parlamentario lleno de recursos, con una ardiente ambición por convertirse en el DeWitt Clinton de Illinois.

Fue aquí donde Lincoln, con su colega Dan Stone, declaró que la institución de la esclavitud estaba fundada a la vez en la injusticia y en una mala política pero que el Congreso de los Estados Unidos, según la Constitución, no tenía poderes para interferirse en la institución de la esclavitud en los diferentes Estados.

Para valorar los años de Lincoln en Vandalia, nada mejor que citar las palabras del profesor Baringer: "En el cenagoso poblado de Vandalia aprendió y ejercitó las sutilezas de su oficio, bajo el ejemplo y tutela de políticos experimentados. Allí, por primera vez, alternó, en una sociedad educada, con hombres y mujeres de fortuna, cultura y educación; allí debatió y escuchó discutir todas las fases de la política nacional y del Estado y de la teoría económica, tratando los problemas de la esclavitud y abolición, banca, derechos de los Estados, poder ejecutivo e influencia política, templanza, mejoras internas, tierras públicas, tarifas de educación, pena capital, procedimiento judicial, pánico financiero. El período de Vandalia, como influencia formativa, fue de primordial importancia en su asombrosa carrera.

AMORES

Era tímido con las mujeres y se sentía mucho más a sus anchas en compañía de los hombres. Pero las mujeres ejercían una gran fascinación sobre él.

La historia de su enamoramiento de Ann Rutledge ha llegado a formar parte del folklore norteamericano. Billy Herndon pronunció una conferencia en la que afirmó que Lincoln amó a Ann Rutledge más que a su propia vida, que la amó con toda su alma, inteligencia y energía. Y que cuando Ann murió a los 23 años, ya no pudo dormir, ni comer, ni alegrarse, pues su mente se evadía de su sede. Se escapaba de sí misma por el aire sin límites, besando y abrazando sombras e ilusiones de su cerebro calenturiento.

Herndon basaba sus alegaciones en las más débiles pruebas, en rumores, en chismorreos y en los recuerdos de personas de edad. Cuando se pronunció esta conferencia, Lincoln llevaba más de un año en la tumba. No podía contradecir tales manifestaciones. Pero su esposa, Mary

Lincoln, sí protestó con vehemencia "Seguiré firmemente asentada en mi convicción de que Ann Rutledge es un mito" Su marido no pudo haber estado enamorado de Ann porque era la verdad personificada y siempre me aseguró que nunca se había preocupado por nadie excepto por mí En veintidós años de casados nunca le oyó hablar de Ann Rutledge En ninguna de sus expresiones confidenciales mencionó jamás un nombre tan romántico tampoco su vida ni sus alegres expansiones hacían suponer que su corazón estuviese en la tumba de una infortunada mujer en vez de estar en el sitio apropiado con su amada esposa e hijos

A pesar de esto, la romántica historia de Herndon prendió en la imaginación popular, Ann Rutledge se convirtió en la novia legendaria de Abraham Lincoln Su nombre lo conoce todo el mundo, pero ¿quién conoce el de Mary Owens? ¿Quién conoce el nombre de la muchacha a quien Lincoln cortejó y pidió en matrimonio sólo un año después de la muerte de Ann Rutledge?

Mary Owens tenía un año más que su pretendiente, era de piel blanca, ojos de color azul profundo y pelo oscuro y rizado, medía 1,64 metros de altura y pesaba unos 70 kilos Conoció a Lincoln en Nueva Salem, donde ella había ido a visitar a una hermana casada Pareció que se encariñaban mutuamente, tomaron parte en reuniones y excursiones Y cuando Lincoln se fue a Vandalia para participar en las sesiones de la Legislatura, le envió una carta en la que decía "Contésteme tan pronto como reciba ésta, y si es posible dígame algo que me agrade, porque en verdad nada me ha agradado desde que me separé de usted"

Y tenemos otra carta escrita un año más tarde cuando él estaba viviendo ya en Springfield "Pienso frecuentemente acerca de lo que usted dijo de venir a vivir en Springfield Temo que no le gustaría Esto está muy floreciente en cuestión de coches y sería para usted una desgracia verlo sin poder participar Tendría que ser pobre y sin medios de ocultar su pobreza ¿Cree que podría soportarlo con paciencia? Cualquiera que sea la mujer que quiera unir su suerte con la mía, si alguna lo hace alguna vez, tengo la intención de hacer todo cuanto pueda para tenerla feliz y contenta, y nada puedo imaginar que me hiciera más desgraciado que fracasar en este intento Sé que sería mucho más feliz con usted que como estoy ahora, puesto que no ví signos de descontento en usted Lo que usted me dijo pudo ser en broma o bien pude yo haber comprendido mal Si fue así, olvidémoslo, en otro caso, quisiera que lo pensara seriamente antes de decidirse Lo que yo dije lo cumpliré de la manera más absoluta, siempre que usted lo desee Mi opinión es que sería mejor para usted no hacerlo No está acostumbrada a las dificultades, y éstas pueden ser más severas de lo que usted imagina Ya sé que es capaz de pensar acertadamente sobre cualquier tema, y si delibera con madurez acerca de esto antes de decidirse, entonces yo me atendré a su decisión"

Mary Owens no quiso ser su esposa Tenía sus razones Una vez que salieron a caballo con unos amigos, el grupo llegó a orillas de una peligrosa corriente de agua Todos los caballeros ayudaron a sus damas a cruzar con seguridad todos menos Lincoln, que siguió adelante sin mirar siquiera atrás Imagino que no le importaba que me rompiese la cabeza, le regañó Mary, pero él le replicó que era lo suficientemente lista para cuidar de sí misma

Hubo otros incidentes por el estilo En cierta ocasión una amiga de ellos iba cargada con su hijo cuesta arriba, sudando y jadeando, sin que a él se le ocurriera ofrecerle una mano Mary debió de haber pensado ¿Haría lo mismo después de casarse con ella? ¿Seguiría su camino dejándola que se las arreglara como pudiera?

Una vez Lincoln hizo un viaje a Nueva Salem para verla Y el mismo día de su regreso a Springfield le escribió la siguiente nota

"Indudablemente le parecerá bastante raro que le escriba una carta el mismo día que nos hemos separado, sólo puedo explicarlo suponiendo que el verla me hace luego pensar más de lo usual" Afirmaba "Quiero, en esta precisa ocasión, más que en ninguna otra, jugar limpio con usted, y si supiera que abandonarla era jugar limpio, como yo prefiero sospechar que lo sería, lo haría así" La duda y la vacilación atormentaban su mente Quería a Mary, deseaba casarse con ella, y aun así vacilaba Si se cree en algún modo vinculada a mí, deseo liberarla ahora mismo, con tal que usted lo quiera, mientras que, por otro lado, quiero, y aun ansío, atarla más fuertemente si me convenciera de que ello aumentaría su felicidad en grado considerable

Pero Mary Owens no quiso ser la esposa de Lincoln Cosa de treinta años después, cuando le preguntaron por qué le rechazó, dijo.

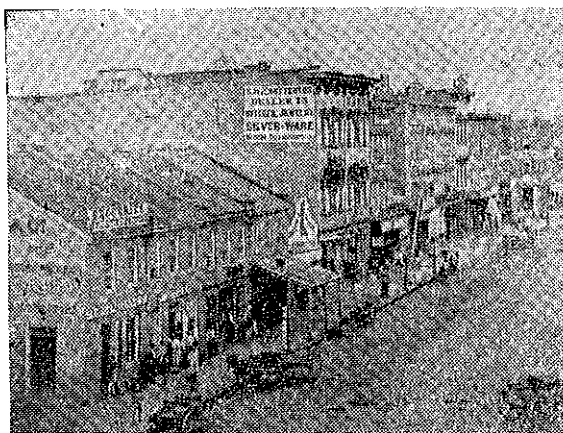
"El Sr Lincoln andaba escaso de esos eslaboncillos que componen la cadena de la felicidad de una mujer, al menos en lo que a mí respecta"

¿Y Lincoln? Después que Mary le rechazó, se desahogó con una amiga intentando darle un informe íntegro e inteligible de las cosas que me han pasado y me han hecho sufrir

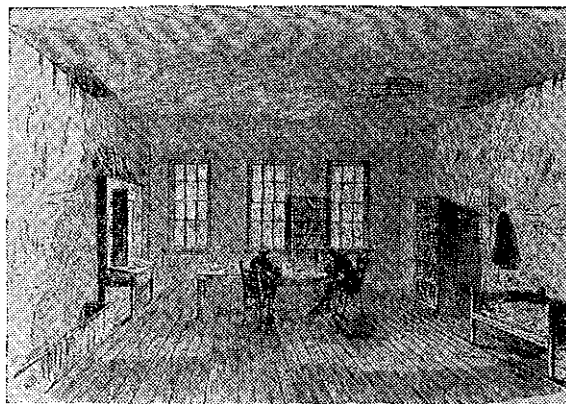
En su carta, extrañamente poco caballeresca, a la señora Browning, califica a Mary Owens de gorda "digna de Falstaff siempre me recordó a mi madre, sin que pudiera evitarlo, y no porque sus facciones estuvieran arrugadas —pues su piel tenía demasiada grasa para que pudiera contraerse en arrugas—, sino por su falta de dientes y por su aspecto general, como curtido por la intemperie" ¡Vaya descripción de una mujer a la que sólo unos meses antes hubiera deseado hacer su esposa!

En su carta Lincoln explicaba que se declaró a ella, pero, aunque sea doloroso contarlo, me dijo No Se lo pidió otra vez, y otra vez la respuesta fue negativa Y cuando se cerció de que el no era definitivo, me sentí mortificado, según me pareció, en mil formas diversas Mi vanidad quedó profundamente herida por la idea de que había sido tan estúpido como para tardar tanto en descubrir sus intenciones y al mismo tiempo por no haber dudado de que las comprendía perfectamente, y también porque me había rechazado, a pesar de todas mis pretendidas grandezas, una mujer a la cual, según había llegado a convencerme a mí mismo, nadie más hubiera querido, y, para colmo, empecé entonces a sospechar por primera vez que estaba verdaderamente un poco enamorado de ella Pero olvidémoslo Intentaré sobrevivir a esto Otros han sido engañados por las mujeres, pero esto no puede decirse de mí con propiedad Esta vez me he engañado a mí mismo de la manera más garrafal He llegado a la conclusión de que no debo pensar más en casarme Y esto por la siguiente razón nunca podrá satisfacerme ninguna mujer que sea lo suficientemente necia para quererme

La única excusa para esta carta es que lleva la fecha del 1 de Abril de 1838, día de los inocentes (1)



Calle donde estaba la oficina de Lincoln como asociado de John Todd Stuart



Interior de la oficina de leyes Stuart-Lincoln en Springfield

EL LEGISLADOR

1837

A mediados de Marzo de 1837, la Legislatura aplazó sus sesiones y Lincoln regresó a Nueva Salem Pero los días de la población estaban contados, pues uno a uno los colonos iban abandonándola La administración de correos había sido trasladada a la cercana localidad de Petersburg, al cabo de poco tiempo Nueva Salem quedaría desierta

También Lincoln se dispuso a volver la espalda al lugar donde había vivido casi seis años y donde se había transformado de tosco muchacho en político consumado El 15 de Abril salió de Nueva Salem y se dirigió a caballo hacia Springfield, llevando en las alforjas todos sus bienes materiales Tenía 28 años y aquel mismo día le quedaban exactamente 28 años de vida

Como lo primero que necesitaba era una cama, se presentó en el almacén de Joshua

(1) En numerosos países el día 1º de Abril es el que se dedica a bromas y engaños festivos en vez del 28 de Diciembre, que es la fecha que se destina en España e Hispanoamérica a tales expansiones

Speed a comprar una Pero cuando el mercader calculó que le saldría por 17 dólares, la cara de Lincoln se alargó bastante y dijo Probablemente es bastante barata, pero he de decir que, aun con lo barato que es, no tengo dinero para pagarla Ahora bien, si usted quiere concederme crédito hasta Navidad y tengo éxito en mi intento de abrirme paso como abogado, le pagaré entonces Y si fracaso, probablemente nunca podré pagarle

Speed se compadeció del joven letrado y le hizo una sugerencia "Puesto que una deuda tan pequeña parece afectarle tan profundamente, le voy a indicar un sistema que le permitirá lograr lo que desea sin necesidad de endeudarse Tengo un dormitorio muy grande con una cama de matrimonio muy grande también, si quiere compartirla conmigo será usted bienvenido" Lincoln subió corriendo las escaleras, echó un vistazo a la habitación, y cuando bajó dijo encantado y sonriente "Bien, Speed, ya estoy instalado".

Al principio extrañó la nueva ciudad Me siento aquí tan solitario como nunca lo estuve en toda mi vida, se quejó a Mary Owens Pero pronto se vio enfrascado en pleitos como asociado de John Todd Stuart y ocupado en cuestiones políticas En una carta anónima al Sangamon Journal acusó al candidato demócrata para las elecciones de juez testamentario, General James Adams, de corrupción y fraude La carta mostraba a Lincoln tal como era entonces un político apenas desbastado y sin la suficiente formación ética Si Adams era culpable de corrupción, el lugar indicado para juzgarle eran los tribunales y no las columnas de un diario

Su ejercicio del Derecho prosperó y su carrera política florecía En 1838 fue reelegido para la Legislatura, en el verano de 1839 se le nombró síndico de Springfields y en 1840 fue elegido para el cuarto período consecutivo como legislador En aquel año fue designado elector presidencial en la primera Convención del partido whig del Estado que eligió como candidato al General William Henry Harrison

1838
1839
1840

¿Cuál fue la razón de que un hombre de la humilde categoría social de Lincoln se uniera al partido de las personas acomodadas, al partido de los banqueros y negociantes? ¿Por qué no se unió a Andrew Jackson, que luchaba por lograr más democracia y mejores condiciones de vida para el ciudadano corriente? Lincoln respetaba la tradición, creía en el orden económico establecido Dejaba que Jackson combatiera contra bancos y monopolios, su ideal de estadista era Henry Clay. Admiraba los métodos de Clay, su sistema americano que pedía tarifas proteccionistas para las nacientes industrias, abogaba por el desarrollo de los recursos del país, proponía mejoras internas y exigía una moneda estable

Sus cuatro períodos en la Legislatura le enseñaron mucho Aprendió a discutir y a concertar compromisos, aprendió cuándo convenía ser inflexible y cuándo debía mostrarse transigente. Durante aquellos años su horizonte se amplió, se dio cuenta de que la política es el arte del toma y daca y aprendió a conocer a los hombres y a conocer sus problemas. Su posterior grandeza estuvo construída sobre esta base.

MARY TODD

No era como las jóvenes que había conocido antes Vivaz, temperamental, atractiva, Mary Todd procedía de una familia acaudalada, poseía una buena educación, hablaba francés correctamente y era versada en literatura y música Era hermana de la señora de Ninian E Edwards, casada con el hijo del gobernador, y fue a Springfield en busca de marido

Se conocieron en el invierno de 1839 en un baile con el que se celebró el traslado de la capitalidad de Illinois desde Vandalia a Springfield Estaba ella en el salón de baile vestida con un traje de seda que dejaba su cuello y hombros al descubierto cuando Lincoln la abordó diciendo

—"Señorita Todd, quisiera bailar con usted de la peor manera posible"

Y Mary recordaba luego

—" y ciertamente lo hizo"

Desde aquella noche fueron firmes compañeros Leían juntos libros, recitaban poesías y discutían de política La hermana de Mary, en cuya casa se veían, recuerda que era Mary la que solía dirigir la conversación con más frecuencia Lincoln acostumbraba sentarse a su lado y escuchaba Apenas decía una palabra, pero la contemplaba como si fuera irresistiblemente arrastrado hacia ella por alguna fuerza superior o invisible



Mary Todd, de novia



Mary Todd, de esposa

Y una sobrina de ella recordaba "Mary se vio tan fascinada por la personalidad de Lincoln, desde su mismo primer encuentro, como lo estuvo él por la gracia e ingenio de ella. Cada uno encontró en el otro esa novedad que agrada tanto a los enamorados. El halló en ella una alegría burbujeante, un entusiasta amor por la vida. Ella a su vez se sintió interesada por la melancolía, la sinceridad y la honradez de Lincoln, por la falta en él de los ociosos halagos y las convencionales galanterías propias de los hombres de su ambiente social. Lincoln nunca había encontrado una mujer como Mary Todd, tan suave y tan equilibrada ante cualquier eventualidad de tipo social. Y ella había encontrado por primera vez un joven con mentalidad dominadora, pero de acuerdo con la suya propia."

Durante los meses de invierno sus sentimientos mutuos se hicieron más profundos, y cuando llegó la primavera Mary se había decidido ya. No sería la esposa de Stephen A. Douglas ni la de James Shields —dos jóvenes políticos que la habían cortejado— sino la esposa de Abraham Lincoln.

Sus hermanas se quedaron desconcertadas. La sometieron a un chaparrón de consejos y objeciones. A su entender, Abraham Lincoln no era una elección acertada. No tenía educación ni dinero. Mary podía aspirar a algo mucho mejor que a ser su esposa. Pero Mary no volvió atrás de su decisión.

En cambio, fue Lincoln el que se sentía incómodo. En vez de considerarse un hombre feliz, cayó en uno de sus períodos de melancolía. La perspectiva de las ataduras matrimoniales le llenaba de oscuros presagios. Encontró una serie de razones por las que el matrimonio entre ellos dos no podía prosperar. Se atormentó con pensamientos morbosos. Y escribió una nota a Mary en la que le confesaba que su amor por ella no era bastante profundo para garantizar su unión. Pero cuando enseñó la carta a su camarada, Speed le aconsejó que no la enviara.

—"Si eres hombre" —le dijo Joshua Speed— "ve tú mismo a ver a Mary y dile, si no la amas, lo que te pasa y que no vas a casarte con ella, pero sé rápido, habla poco y márchate pronto."

Lincoln siguió el consejo de su amigo. Fue al encuentro de Mary y le comunicó su resolución. Cuando la pobre muchacha estalló en lágrimas, Lincoln la estrechó entre sus brazos y en vez de romper el compromiso lo reafirmó.

—"Bien" —dijo a Speed aquella noche—, "que sea lo que Dios quiera. Está hecho y ahora debo cumplir mi promesa".

Se pelearon, se reconciliaron y se pelearon otra vez. Los arrebatos de Mary produjeron en ocasiones la desesperación de Lincoln. El día de Año Nuevo de 1841 tuvieron otra de sus grescas y se separaron esta vez disgustados. William Herndon, en su biografía de Lincoln, fabricó la leyenda de que la boda estaba señalada para aquel día, con los pasteles hechos, los invitados reunidos y todo dispuesto para celebrar la ceremonia, todo excepto el novio, que no apareció. La descripción de Herndon, que se ha fijado en las mentes de muchas generaciones de norteamericanos, es muy romántica, pero completamente falsa.

La razón de que rompieran sus relaciones no la conocemos. Tres semanas después Lincoln escribió a su compañero de bufete, Stuart, lo siguiente: Soy ahora el hombre más desgraciado del mundo. Si lo que yo siento se distribuyera equitativamente entre la entera familia humana, no se vería una sola cara alegre en toda la tierra. Si alguna vez he de sentirme mejor, es algo que no puedo decir, preveo sombríamente que nunca me sucederá eso. Seguir como estoy ahora es imposible. Me parece que debo morir o sobreponerme.

Los que le veían por aquella época decían que estaba más loco que una cabra. Su amigo James C. Conkling escribió acerca de él que estuvo encerrado una semana y, aunque ahora se le ve otra vez, está delgado y escuálido y parece que no ha de poder hablar más alto que un susurro. Su caso, actualmente, es deplorable en verdad y no pretendo decir qué perspectivas puede haber de un alivio definitivo. Indudablemente tiene motivos para decir aquello de que "el amor es un penoso estremecimiento, pero no amar es todavía más doloroso".

En su desesperado estado de ánimo, Lincoln escribió al doctor Drake, un famoso médico de Cincinnati, pidiéndole consejo. Y cuando el Dr. Drake —quien probablemente le diría que no le era posible tratarle por correo— no le sirvió de ayuda, Lincoln acudió al Dr. Anson G. Henry, médico de Springfield, el cual le sugirió el viejo remedio de los corazones partidos por el amor: un cambio de escenario.

Lincoln pidió a su compañero de bufete, entonces miembro del Congreso, que le proporcionara algún puesto consular en América del Sur. Stuart lo intentó, pero sin fortuna. Así, en vez de irse a Bogotá, Lincoln fue a visitar a Joshua Speed, cuya familia poseía una finca cerca de Louisville.

Llegó a Farmington con el ánimo muy decaído. Negras ideas de suicidio le atormentaban. Sentía que no había hecho nada digno de que ningún ser humano recordase que había vivido, y que sólo deseaba vivir con el fin de vincular su nombre a los acontecimientos que brotaban de su época y de su generación e imprimirse a sí mismo en ellos para marcar su nombre en algo que redundase en beneficio de sus compatriotas.

También Mary estaba triste. Escribía a una amiga suya: Desde que mis alegres compañías del pasado invierno partieron, me he quedado en gran parte abandonada a la soledad de mis pensamientos y a ciertas persistentes pesadumbres, recuerdos del pasado, que sólo el tiempo podrá aliviar con su bálsamo curativo.

Un año pasó desde que se separaron. Ahora Joshua Speed estaba en estado de ánimo parecido al de su amigo el año anterior. Atormentado por las vacilaciones, partió de Springfield hacia Louisville, reflexionando acerca de si debía casarse o no. Lincoln le impulsaba a casarse con Fanny Henning. Y cuando, después de muchas dudas, Speed se decidió, Lincoln le escribió:

"Me inclino a creer probable que tus nervios te fallarán de vez en cuando todavía durante una temporada, pero una vez que los sujetes bien, esa turbación habrá acabado para siempre. Si soportas la ceremonia serenamente, o en todo caso con la suficiente compostura, para no provocar la alarma en ninguna persona presente, estarás indiscutiblemente salvado, y al cabo de dos o tres meses, poniendo como mucho, serás el más feliz de los hombres". Dos semanas después aseguraba a Speed una vez más que nuestros presagios, a los que tú y yo somos tan propensos, son tonterías de la peor especie.

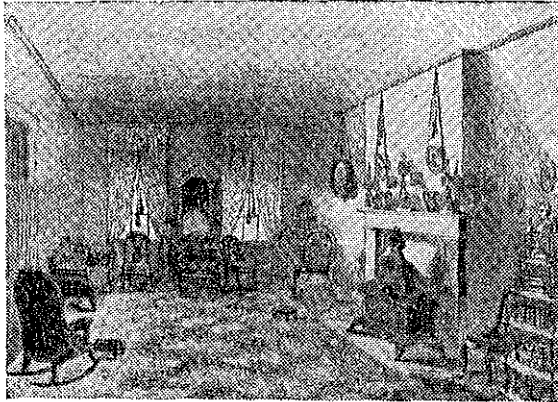
El matrimonio de Speed fue un éxito, aquello produjo en Lincoln más satisfacción que todas las que había disfrutado desde aquel fatal primero de Enero. Sus pensamientos estaban aún dando vueltas en torno de Mary, a quien no podía borrar de su mente. Speed le aconsejó que se casara con ella o que la olvidara. A esto replicó Lincoln:

"Pero antes de resolverme a hacer una cosa o la otra, debo recuperar la confianza en mi propia capacidad de cumplir mis propósitos una vez que los he adoptado. Ya sabes que hubo un tiempo en que me enorgullecía de esta capacidad, que consideraba como la única, o, al me-

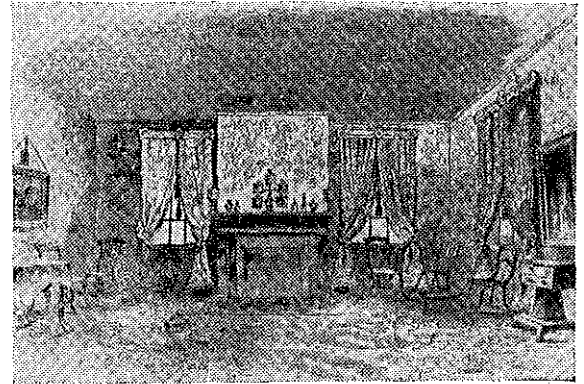
nos, la principal joya de mi carácter, en esa joya la perdí tú sabes bien cómo y cuándo. Todavía no la he recuperado, y hasta que lo consiga no podré confiar en mí mismo, en ninguna cuestión de tal importancia”

Y luego sucedió que encontró a Mary otra vez por casualidad Springfield era un lugar demasiado pequeño para que pudieran evitarse mutuamente Empezaron a verse en secreto, y junto con Julia Jayne redactaban cartas políticas anónimas atacando a James Shields, el Auditor del Estado, que pertenecía al partido demócrata

Shields preguntó el nombre del escritor de las cartas anónimas y el director del Sangamon Journal dio el nombre de Lincoln Shields pidió satisfacciones y se concertó un duelo, que sólo pudo detenerse en el último momento Lincoln quedó avergonzado de aquel episodio, que fue una lección para él Nunca más en toda su vida, volvió a escribir otra carta anónima



Sala de recibo de los Lincoln.



Sala de estar de los Lincoln.

ABOGADO Y POLITICO

1841

Abraham Lincoln formó bufete sucesivamente con tres abogados con John T. Stuart, desde 1837 a 1841, con Stephen T. Logan, desde 1841 hasta 1844, y con William H. Herndon, a partir de esta última fecha No hubo otros tres hombres que tuvieran mayor influencia en su vida que éstos

El primo de Mary Todd, John Todd Stuart, preeminente personalidad social, jefe del partido whig de Springfield, del cual había sido elegido representante en el Congreso, le animó a dedicarse al ejercicio de la abogacía, le tomó bajo su protección y le pidió que entrase como socio en su bufete, uno de los más activos de Springfield

Cuando se separaron, Lincoln se asoció con el juez Stephen T. Logan, cuya mente era tan ordenada como desordenada era su forma de vestir Logan, diez años mayor que su socio, era un letrado metódico y detallista, inculcó en Lincoln el sentido de la importancia de preparar las cosas con cuidado y le indujo a abandonar la costumbre de pensar desordenadamente.

Cuando se disolvió su sociedad con Logan, Lincoln se dirigió al abogado William H. Herndon, que tenía veintiséis años Billy puedo confiar en ti si tú confías en mí. Así nació la firma Lincoln & Herndon

Herndon era en todo el extremo opuesto de su socio principal Mientras Herndon era de sangre ardiente y radical, Lincoln era prudente y conservador Herndon no tenía sentido del humor Lincoln lo tenía en abundancia. Herndon era aficionado al licor Lincoln predicaba templanza Pero nunca llegaron a dirigirse palabras airadas Billy nunca flojeó en su lealtad Para él, el señor Lincoln —nunca le llamaba de otra manera— no podía equivocarse

El despacho estaba siempre revuelto, ninguno de los dos socios era ordenado Los cristales estaban raramente limpios y las mesas aparecían cubiertas de papeles Lincoln metía los papeles en su sombrero y Herndon se llevaba notas y documentos a su casa En un gran paquete repleto de papeles, Lincoln escribió Si no puede encontrar por ninguna parte lo que busca, mire aquí

Los tribunales de Springfield celebraban sesiones sólo pocas semanas al año. Para poder

vivir de su profesión, los letrados tenían que recorrer el circuito judicial de su región. Lincoln recorría el Octavo Circuito judicial de Illinois, un vasto territorio de 12 000 millas cuadradas. Los juicios se celebraban en pequeñas aldeas muy alejadas unas de otras. A veces los jueces y abogados habían de recorrer a caballo o en carruajes desvencijados treinta o más millas diarias, caídos hasta los huesos por la lluvia o helados por el viento hasta la misma médula.

En el otoño de 1842 escribió a Speed otra vez haciéndole una pregunta indiscreta. Lincoln quería saber: “¿Estás contento, tanto en tu sentimiento como en tu entendimiento, de estar casado tal como lo estás?” La respuesta de Speed debió de ser tranquilizadora, porque a primera hora de una mañana de Noviembre Lincoln llamó a la puerta de la casa de James Matheny y le pidió que fuera su padrino de boda, porque iba a casarse aquella misma noche.

1842

Pocos días después el recién casado añadía a una carta de negocios la siguiente frase:

Nada nuevo por aquí, excepto mi boda, que, para mí, es motivo de profunda admiración.

Lincoln amaba el derecho, pero le gustaba todavía más la política. Recorriendo el circuito aprendió a conocer cómo funciona la mentalidad de las gentes, lo que pensaban y por qué pensaban de una manera determinada. Se mezclaba con el pueblo, ganaba su afecto y conseguía su apoyo.

1843

Sus ambiciones políticas rayaban muy altas. Se proponía ser miembro del Congreso. Escribía a un amigo en 1843: Si ahora oye decir a alguien que Lincoln no quiere ir al Congreso, le ruego que, como amigo personal mío, le diga que usted tiene razones para considerarle equivocado. La verdad es que me gustaría muchísimo.

Si los servicios que he prestado al partido y mi capacidad de servirle en el futuro, que son aproximadamente iguales a los de usted, con la añadidura de que usted ha desempeñado ya un turno, no fueran suficientes para calificarme para la designación, la despreciaría en todos los terrenos.

1845

Con firmeza e inteligencia reunió apoyo político suficiente para forzar a Hardin a retirarse. Y cuando Hardin quedó apartado de la pugna, la Convención del distrito nombró a Lincoln candidato.

La campaña que vino a continuación fue duramente disputada. Su contrincante, el candidato demócrata, era el famoso predicador metodista Peter Cartwright. Se ha contado que, durante el período electoral, Lincoln entró en un acto religioso dirigido por Cartwright, el cual, después de un fogoso sermón, exclamó: “¡Todos los que quieran vivir una vida nueva, entregar sus corazones a Dios e ir al cielo, que se levanten! Unos cuantos de la congregación se pusieron en pie”. Cartwright siguió tronando: “¡Todos los que no quieran ir al infierno, que se levanten!” Todos los restantes hombres y mujeres se levantaron, todos menos Lincoln. Entonces Cartwright dirigió sus iras contra él: “¿Puedo preguntarle, Sr. Lincoln, dónde quiere usted ir?” A lo que Lincoln, según se cuenta, contestó con su tono lento e indolente: “Si no lo toma usted a mal, quiero ir al Congreso”.

Pero los demócratas insistieron tanto en la cuestión de la irreligiosidad de Lincoln, que el candidato en entredicho hubo de contestar públicamente a la acusación. Escribió en una ocurrencia:

“Se ha difundido en algunos sectores de este distrito una acusación, la cual dice, en resumen, que hago abierta irrisión del Cristianismo. Es cierto que no soy miembro de ninguna iglesia cristiana, pero jamás he negado la verdad de las Escrituras ni nunca hablé irrespetuosamente de manera deliberada de la religión en general ni de ninguna denominación cristiana en particular. Es cierto que en los primeros años de mi vida me incliné a profesar la llamada, según creo, “doctrina de la necesidad” —o sea, que la mente humana es impulsada a la acción o apartada de ella por cierto poder sobre el que la mente no tiene dominio— y que, a veces (dos o tres, pero nunca públicamente), he intentado sostener esta opinión en el curso de discusiones. Sin embargo, hace más de cinco años que he dejado enteramente de discutir en este sentido. Y añado aquí que siempre tuve entendido que esta misma opinión es sostenida por varias sectas cristianas. Lo que precede es toda la verdad, brevemente declarada, en lo que a mí concierne respecto de este tema”.

No creo que yo mismo pudiera decidirme a apoyar en unas elecciones a un hombre de

quien supiera que es enemigo declarado de la religión o que se burla de ella. Dejando a un lado la alta cuestión de las eternas consecuencias entre tal hombre y su Creador, no creo que ningún hombre tenga el derecho de insultar los sentimientos e injuriar la moral de la comunidad en que vive. Por consiguiente, si yo fuera culpable de tal conducta, no censuraría a ningún hombre que me condenara por ello, pero censura a aquellos, quienes quiera que sean, que ponen en circulación tal cargo contra mí.

Esta fue la única declaración pública hecha por Abraham Lincoln acerca de su fe.

Ganó la elección por clara mayoría, acumulando 6 340 votos contra los 4 829 de Cartwright. Devolvió íntegramente los 200 dólares que sus amigos le dieron para sufragar los gastos de la campaña, excepto 75 centavos. Recorrió el distrito en mi propio caballo —explicó—, residí en casas de mis amigos, por lo que la manutención no me costó nada, y mi único gasto fue el de 75 centavos empleados en pagar un barril de sidra para unos labradores que se empeñaron en que tenía que invitarles.

MIEMBRO DEL CONGRESO

1846

El XIII Congreso no se reunió hasta el último mes de 1847, año y medio después de la elección de Lincoln. Entretanto, éste siguió recorriendo el circuito judicial y ejerció su profesión de abogado defendiendo los casos que se le presentaban.

En Octubre dio en arrendamiento su casa durante un año y partió con rumbo a Washington con su mujer y sus dos hijos.

Cuando Lincoln llegó a Washington, la guerra de México había cesado ya. Al estallar las hostilidades, Henry Clay, jefe del partido whig, había exclamado: Esta no es una guerra defensiva, sino una agresión innecesaria y ofensiva. Pero pronto los whigs se dieron cuenta de que la opinión pública respaldaba la política del Presidente Polk, y que intentar cargar sobre la Administración la responsabilidad de la guerra no era una estrategia inteligente.

1847

En sus discursos el Presidente insistía en que fue México quien empezó la guerra y no los Estados Unidos. Los whigs pusieron esto en duda. Lincoln presentó al Congreso una resolución en ocho puntos preguntando al presidente si el lugar donde se derrama la sangre de nuestros ciudadanos está o no dentro de territorio español. Tres semanas después insistió en su resolución exigiendo que Polk, un hombre desconcertado, confuso y lastimosamente perplejo, le contestara plena, exacta y sinceramente si el suelo era nuestro y si sus habitantes se habían sometido por sí mismos a la autoridad de Tejas o a la de los Estados Unidos.

Los electores de Lincoln, allá en Illinois, se quedaron desconcertados, no le habían votado para que defendiera tal política. Sus amigos le bombardearon con cartas suplicándole que cambiara de actitud. Los periódicos demócratas del Estado le combatían con furia creciente.

No pudo desempeñar un segundo período en el Congreso.

1848

En la Convención whig de 1848, Lincoln apoyó la candidatura del General Zachary Taylor para la Presidencia e hizo campaña a su favor en Nueva Inglaterra. El viejo Duro y Decidido fue elegido y tomó posesión de su cargo, mientras Lincoln remoloneaba por Washington.

Más avanzado aquel año, cuando se le ofrecieron los cargos de Secretario y Gobernador del Territorio de Oregón, los rechazó ambos.

Creía que su carrera política llegaba a su fin, consideraba que, como diputado, había sido un fracaso. Volvió la espalda a la política y reanudó el ejercicio de la abogacía.

1849

Desde 1849 hasta 1854, Lincoln se mantuvo en un ostracismo político, experimentando la inestimable disciplina de la derrota. Y cuando los años hubieron pasado salió de nuevo a la superficie, más fuerte y con una base de grandeza firmemente establecida y visible a un a ojos hostiles.

Durante aquellos años se forjó un estilo literario, preciso y muy suyo, basado en la Biblia y en Shakespeare, pero salpicado con las historias de su tierra que tan bien conocía. Estudió además astronomía y matemáticas, asimiló a Euclides. Aquellos cinco años fueron años de crecimiento.

La vida de un abogado rural se desarrollaba según una norma establecida. Lincoln re-

corría el Octavo Circuito año tras año, lo recorría con sol y con lluvia, con viento y con nieve Horas y horas a caballo con tiempo para pensar y para contemplar

¿Fue un buen abogado? Sus contemporáneos creían que sí. Sus conocimientos jurídicos los adquirió casi enteramente estudiando solo y sin ayuda y a través del ejercicio de la profesión, dijo uno de sus colegas. Otro afirmó que Lincoln siempre abordaba los casos de manera justa y honrada. Nunca tergiversó intencionadamente el testimonio de un testigo o los argumentos de un contrario. Nunca desvirtuó la ley al interpretarla de acuerdo con su sensata opinión.

Una vez defendió a un hombre que pretendía cobrar cierta suma de dinero, cuando el demandado demostró que había pagado ya la cantidad, Lincoln abandonó la sala del tribunal. El juez mandó llamarle, pero Lincoln dijo al que le transmitía la orden: «diga al juez que no puedo ir, mis manos están sucias y voy a lavármelas».

Estaba contento con su profesión, pues gracias a ella se ganaba la vida y atendía a las necesidades de su creciente familia. Pero cuando —a primeros de 1854— Stephen A. Douglas, como Presidente del Comité Senatorial de Territorios, presentó un proyecto de ley para organizar los Territorios de Kansas y Nebraska, Lincoln se sintió tan excitado como nunca lo estuvo antes.

La furia de los abolicionistas, la indignación de los abogados del anti-esclavismo, se desbordaron de manera impetuosa. Lincoln no pudo permanecer silencioso más tiempo. Lenta y cautelosamente —como era su costumbre— decidió la conducta que debía seguir. A finales del mes de Junio de 1854, recorrió el Estado pronunciando discursos políticos en favor de la reelección de su amigo Richard Yates como miembro del Congreso, arguyendo elocuentemente contra las propuestas de Douglas y contra la ampliación del territorio esclavista.

En su discurso de Peoria, Lincoln declaró que, como la cuestión de la esclavitud había sido resuelta por el Compromiso de Missouri de 1820 y por el Compromiso de 1850, no había razón válida para rechazar sus disposiciones. Admitía el derecho constitucional del Sur a mantener sus esclavos, pero negaba que, como consecuencia de aquel derecho, la esclavitud pudiera extenderse a los nuevos territorios. Sostenía que era injusto permitir la extensión de la esclavitud a Kansas y Nebraska, sería un injusto precedente que permitiría extender la esclavitud a cualquier parte del mundo donde los hombres se sintiesen inclinados a adoptarla. Afirmó que odiaba el celo por extender la esclavitud, lo odio por la monstruosa injusticia de la esclavitud en sí misma. Lo odio porque priva a nuestro ejemplo republicano de su justa influencia en el mundo, permite a los enemigos de las libres instituciones tacharnos de hipócritas, induce a los verdaderos amigos de la libertad a dudar de nuestra sinceridad, y especialmente porque obliga a tantos hombres verdaderamente buenos que viven entre nosotros a entrar en abierta lucha con los principios mismos de la libertad civil, criticando la Declaración de Independencia e insistiendo en que no hay ningún recto principio de acción, excepto el propio interés.

Al final de su apasionado llamamiento, Lincoln advertía a Douglas que no es una cuestión profundamente indiferente que un país nuevo sea esclavo o libre. La mayor parte de la humanidad considera la esclavitud como una gran injusticia moral, y su sentimiento contra ella no es pasajero, sino eterno. Está situado en la misma base de su sentido de justicia y no puede jugarse con él.

EN EL PARTIDO REPUBLICANO

En las elecciones legislativas de 1854 triunfaron en Illinois los enemigos de la ley Nebraska.

1854

Lincoln había puesto los ojos en aquella elección. Le hubiera agradado representar a Illinois en el Congreso como segundo senador al lado de Stephen A. Douglas. Durante los momentos angustiosos que transcurrieron entre las elecciones generales y la reunión de la Legislatura, Lincoln, como Napoleón, dormía con un ojo abierto, observaba Herndon. Escribía cartas, movilizaba a sus partidarios y se movía entre bastidores.

La lucha de Kansas desarticuló toda la vida política del país. Los partidos se dividieron en alas a favor y en contra de la esclavitud. Finalmente, las facciones antiesclavistas de los whigs y de los demócratas se unieron y formaron el partido republicano.

1855

Lincoln, como otros conservadores, mostró poca prisa por adherirse a la nueva organi-

zación. Mientras vacilaba en decidirse, escribió al abolicionista Owen Lovejoy el 11 de Agosto de 1855. Ahora ni siquiera usted está más ansioso por evitar la extensión de la esclavitud que yo, pero tal como está la atmósfera política en este momento, tengo miedo de obrar por si me equivoco.

1856

Pero en la primavera de 1856 su indecisión se disipó. Su nombre apareció entre las firmas de los políticos que convocaban una convención anti-Nebraska en Bloomington.

De esta manera se unió a las filas republicanas, luego la Convención de Bloomington marcó el nacimiento del nuevo partido en Illinois. En aquella asamblea Lincoln pronunció un discurso enardecedor. Herndon, que estuvo presente, cuenta: "He oído o leído todos los discursos importantes del Sr. Lincoln y, en mi opinión, el de Bloomington fue el gran esfuerzo de su vida". Antes había argüido contra la esclavitud simplemente en el terreno político —el terreno del estadista— sin profundizar en la cuestión del derecho radical y eterno. Ahora parecía nuevamente bautizado y recién nacido, tenía el fervor de un reciente converso, la llama escondida se había manifestado, estalló en un entusiasmo en él desacostumbrado, sus ojos brillaban de inspiración, sentía la justicia, su corazón vivía para el derecho, sus simpatías, arraigadas profundamente en él, saltaron con violencia y se alzó ante el trono de la Justicia eterna. Su discurso estuvo lleno de fuego, energía y vigor, fue lógico, fue apasionado, fue entusiasta, lleno de justicia, equidad y verdad encendidas por los divinos ardores de un alma enloquecida por la injusticia, fue duro, poderoso, áspero, fibroso, apoyado en su indignación. Durante unos quince minutos intenté, como era costumbre en mí, tomar notas, pero luego tiré papel y pluma y viví sólo para la inspiración del momento. Si la estatura normal de Lincoln era de seis pies y cuatro pulgadas, aquel día en Bloomington llegó a los siete pies, y con la inspiración como añadidura.

Desgraciadamente no fue Billy Herndon el único que tiró el papel y la pluma en aquella ocasión. Nadie tomó nota de aquella pieza oratoria que es hoy conocida con el nombre de el discurso perdido.

LA LUCHA POR EL SENADO

La sentencia del Tribunal Supremo acerca del esclavo Dred Scott motivó que las pasiones estallasen aún más violentamente. En opinión del Tribunal Supremo, un negro no era un ciudadano, sino una propiedad, y si el dueño de un esclavo se apoderaba de su propiedad en un territorio donde no existiese la esclavitud, la ley de aquel territorio no podría desposeerle de ella. La decisión suponía que el Congreso no tenía el derecho de prohibir la esclavitud en ninguna parte de los Estados Unidos, por consiguiente, el Compromiso de Missouri, que la proscribía por encima de los 36° 30' de latitud, era anticonstitucional.

El senador Douglas se identificó rápidamente con esta opinión, afirmando que, si el Compromiso de Missouri era anticonstitucional, debía aceptarse en su lugar el principio de la soberanía popular.

1857

Lincoln se manifestó en desacuerdo con la argumentación de Douglas en un discurso pronunciado en Springfield el 26 de Junio de 1857 —su segundo discurso público en aquel año—, impugnando la sentencia Dred Scott. Contra la afirmación del Presidente del Tribunal Supremo, según el cual, desde los días de la Revolución, había mejorado la condición de la raza negra, Lincoln afirmó que el destino último del hombre de color nunca ha parecido tan desesperado como en los últimos tres o cuatro años. En los días de la Revolución —dijo—, nuestra Declaración de Independencia se consideró sagrada por todos y se creyó que incluía a todos, pero ahora, para hacer universales y eternas las cadenas del negro, se la ataca, se la escarnece, se la interpreta, se la considera y se la rasga hasta tal punto que, si sus autores pudieran levantarse de sus tumbas, no la reconocerían en absoluto.

Lincoln ridiculizó la lógica falsificada de Douglas, quien sostenía que los republicanos quieren votar, comer, dormir y casarse con negros. "¿Por qué hay quien llega a la conclusión de que, puesto que no quiero a una mujer negra por esclava, he de quererla necesariamente por esposa? No la necesito para ninguna de las dos cosas, puedo simplemente dejarla tranquila. Ciertamente, en algunos aspectos, ella no es mi igual, pero en su derecho natural de comer el pan que gana con sus manos sin pedir permiso a nadie, es mi igual e igual a todos los demás".

Tal manera de pensar le proporcionó nuevos amigos. Su posición era clara y atraía a los moderados. Abogaba por la obediencia a las leyes y por la defensa de la Constitución. Y pues-

to que las leyes del país admitían la esclavitud, era partidario de protegerla donde existiera, pero se alzaba contra su ulterior extensión.

El 15 de Mayo de 1858, Lincoln escribía a un amigo "Creo que nuestras perspectivas van mejorando gradual y firmemente, aunque no hemos salido claramente de dudas, ni con mucho. Todavía hay quien hace esfuerzos por armar confusión en torno al "americanismo". Si se superara esta dificultad, creo que saldríamos de dudas en todo lo demás"

1858

En Junio había salido a flote del todo. En aquel mes, la Convención Republicana del Estado de Illinois le declaró unánimemente su primer y único candidato para el Senado, una bofetada para los que apoyaban a Douglas

Lincoln, muy satisfecho, preparó su discurso de aceptación, pero cuando lo leyó a sus amigos éstos no quedaron bien impresionados; se criticaba el párrafo que decía "Una casa dividida no puede mantenerse. Creo que este gobierno no podrá ser permanentemente medio esclavo y medio libre. , tiene que transformarse íntegramente en uno u otro sentido". Uno de sus amigos creyó que la frase era de lo más estúpida; otro consideró que se adelantaba a su tiempo

Lincoln no quiso cambiar las frases criticadas y estuvo siempre orgulloso de aquel discurso.

Años después diría "Si hubiera de cancelar todo mi historial y se me concediera como pobre privilegio salvar una sola cosa de la ruina, elegiría ese discurso y lo ofrecería al mundo sin borrar una sola palabra".

Cuando Douglas supo que su contrario no sería otro que Lincoln, exclamó "De todos los malditos bribones de whigs que hay en Springfield, Abe Lincoln es el más capaz y el más honrado. Me va a dar mucho trabajo. Es el hombre fuerte de su partido, lleno de ingenio y siempre provisto de datos y hechos, y el mejor orador callejero, con sus maneras chuscas y sus chistes, de todo el Oeste"

La noche siguiente Lincoln contestó a los argumentos de su oponente desde el balcón de Tremont House.

"Prescindamos de sutilezas" —dijo para terminar su discurso— "acerca de si éste o aquel hombre, de si esta raza, aquella o la de más allá son inferiores y deben, por tanto, ser situadas en posición inferior, prescindiendo de los prejuicios que nos hemos formado. Prescindamos de todas esas cosas y unámonos como un solo pueblo sobre toda esta tierra para levantarnos una vez más declarando que todos los hombres han sido creados iguales"

Así empezó la campaña senatorial. Douglas viajaba por ferrocarril en vagón especial mientras su rival le perseguía ardorosamente. A veces Lincoln viajó como pasajero corriente en el mismo tren que arrastraba el coche especial de Douglas.

Después de pronunciar sendos discursos en Springfield, Lincoln desafió a Douglas a celebrar una serie de discusiones conjuntas

Poco antes de que comenzaran los debates, Lincoln habló con un amigo, el cual le preguntó si se sentía con fuerzas suficientes para hacer frente a Douglas. Lincoln replicó. "¿Ha visto usted dos hombres dispuestos a luchar? Uno de ellos lanza bravatas acerca de lo que va a hacer. Da saltos, taconazos, entrechoca sus puños y pierde energías intentando impresionar al adversario. El otro no dice ni una palabra. Sus brazos cuelgan a lo largo de sus costados, tiene los puños cerrados, la cabeza inclinada sobre un hombro y los dientes apretados. Se está reservando para la lucha y es seguro que cuando ésta empiece él vencerá o morirá en el intento"

Los debates, convertidos en espectáculos pintorescos, con estruendosas bandas de música, desfiles militares, salvas de cañón, serenatas a los candidatos a cargo de los alegres clubs políticos y fuegos artificiales cruzando el aire, continuaron en Janesboro, Charleston y Galesburg.

En Quincy, escenario del sexto debate, Carl Schurz vio a Lincoln por primera vez y le describió así

"Llevaba en la cabeza un sombrero de copa bastante baqueteado. Su pescuezo brotaba, largo y nervudo, de un cuello blanco, doblado sobre una estrecha corbata negra. Su cuerpo, flaco y desgarrado, estaba envuelto en una gastada chaqueta negra cuyas mangas deberían ha-

ber sido más largas, pero sus brazos resultaban tan interminables que difícilmente podía esperar que las mangas de una chaqueta de confección le llegasen hasta las muñecas. Sus pantalones negros también permitían contemplar ampliamente sus grandes pies. En su brazo izquierdo llevaba un chal de lana gris, que evidentemente le servía de abrigo si el tiempo refrescaba. Su mano derecha sostenía un paraguas de algodón de esos que se abren irregularmente y también una mochila negra que mostraba las huellas de un largo y sufrido uso”

El humorista David R. Locke, más conocido por su seudónimo de Petróleo W. Nasby, se presentó a Lincoln y le preguntó si creía que iba a ganar. “No —dijo Lincoln—, no esperaba ganar por culpa de los distritos dominados por políticos maquiavélicos, pero esperaba lograr la mayoría en la votación popular. Usted no puede volcar una pirámide, pero puede minarla, eso es lo que estoy intentando hacer”

En el último debate —celebrado en Alton—, Lincoln recapituló sus opiniones. “El verdadero problema en esta controversia —el único que gravita sobre todas las mentes— es la contraposición entre el sentir de un sector del país que considera injusta la institución de la esclavitud y el sentir de otro sector que no la considera injusta. Los republicanos la consideran moral, social y políticamente injusta, y, sin embargo, aunque la consideran injusta, tienen debidamente en cuenta su efectiva existencia entre nosotros y las dificultades de eliminarla de una manera satisfactoria, así como todas las obligaciones constitucionales existentes a su alrededor. Si alguno de nosotros cree que la institución de la esclavitud no es injusta en cualquiera de los aspectos en que me he referido a ella, está fuera de su lugar y no debería estar con nosotros”.

Los resultados de la elección favorecieron a Douglas, aunque los partidarios de Lincoln sumaron 4 000 votos populares más que los de su contrincante. Pero en la Legislatura —que nombraba al senador— Douglas tuvo clara mayoría: 54 votos contra los 46 de Lincoln.

SE PERFILA UN CANDIDATO

1859

Los debates dieron a conocer el nombre de Lincoln mucho más allá de las fronteras de su Estado. En Illinois los periodistas comenzaron a considerarle como un posible candidato a la Presidencia.

Al principio se mostró vacilante en aceptar el llamamiento. Escribía al director de un periódico que deseaba apoyar su candidatura: “Sinceramente debo decir que no me considero capacitado para desempeñar la Presidencia.”

A fines de 1859 ya no hablaba de su falta de capacidad para asumir la Presidencia y se comportaba como un candidato.

1860

En Febrero de 1860 hizo un viaje a Nueva York, donde tenía que hablar en la Unión Central de Jóvenes Republicanos.

Profundizando en un amplio examen del historial de los treinta y nueve firmantes de la Constitución, y detallando sus actitudes, aconsejó: “Hablad como ellos hablaron y obrad como ellos obraron acerca de esta cuestión. Esto es lo que todos los republicanos piden, esto es lo que todos los republicanos desean en lo que se refiere a la esclavitud. Considerémosla tal como ellos la consideraron: como un mal que no debe extenderse, sino tolerarse y protegerse sólo en la medida en que su presencia efectiva entre nosotros hace necesarias su protección y tolerancia. Conservemos todas las garantías que nuestros padres le concedieron, no de mala gana, sino plena y justamente mantenidas. Por esto luchan los republicanos y con esto, según sé y creo, estarán satisfechos”.

Ampliando estas ideas, continuó:

“Aunque opinamos que la esclavitud es injusta, aún podemos permitirnos el dejarla aislada donde está, porque esto se debe, en gran parte, a la necesidad que se deriva de su actual presencia en la nación. ¿Pero podemos permitir, mientras nuestros votos puedan impedirlo, que se extienda por el territorio nacional e invadir incluso los Estados libres? Si nuestro sentido del deber nos lo prohíbe, debemos cumplir nuestro deber sin miedo y eficazmente.

Frecuentes salvas de aplausos interrumpían al orador. Y cuando terminó de hablar, la

asamblea le ovacionó puesta en pie. Nadie había causado antes que él tanta impresión en su primera presentación ante un auditorio de Nueva York —escribió el periodista Noah Brooks— Es el hombre más grande que ha habido desde San Pablo.

En Hartford dijo: "Poco más de una sexta parte de la población de los Estados Unidos son esclavos, considerados como cosas y nada más que como cosas. El valor en metálico de esos esclavos, haciendo un cálculo moderado, es de dos mil millones de dólares. Es natural que esa ingente suma ejerza gran influencia en el sentir de sus propietarios. Esta misma cantidad ejercería la misma influencia sobre nosotros si estuviera invertida en el Norte". En New Haven se apartó de este tema para dedicar algunas palabras acerca de la huelga de los zapateros de Massachusetts. Puso en ridículo la pretensión de Douglas de hallar la causa de la huelga en esta desgraciada contienda regionalista, y declaró:

"Celebro comprobar que en Nueva Inglaterra prevalece un sistema laboral bajo el que los trabajadores pueden declararse en huelga cuando quieren, no se ven obligados a trabajar bajo cualquier circunstancia y no están obligados y encadenados al trabajo, se les pague o no. Me gusta un sistema que permite a un hombre dejar el trabajo cuando quiere y desearía que este sistema prevaleciese en todas partes". Una ovación le interrumpió. El auditorio estaba encantado con lo que decía aquel abogado flaco y de aspecto un tanto raro que había venido del Oeste Medio. "Una de las razones por las que me opongo a la esclavitud es precisamente ésta: ¿cuál es la verdadera condición del trabajador? Entiendo que lo mejor para todos es permitir que cada hombre sea libre de adquirir propiedad tan rápidamente como pueda. Algunos se harán ricos. Yo no creo en una ley que impida a un hombre hacerse rico, esa ley haría mucho más daño que beneficio. Así, lo mismo que no propugnamos ninguna guerra contra el capital, queremos conceder al más humilde de todos los hombres una oportunidad de hacerse rico igual a la de cualquier otro hombre. Cuando una persona empieza siendo pobre, como empiezan la mayoría de los hombres la carrera de la vida, y está en una sociedad libre, sabe que puede mejorar de condición, sabe que no existe una condición obligatoria de trabajo para toda su vida".

Tenía todas las condiciones de un candidato ideal. Estaba contra la esclavitud, aunque no era ni radical ni abolicionista. Su nombre era conocido, pero no excesivamente conocido, aunque era político desde mucho tiempo atrás, no había participado en la política nacional lo bastante para crearse demasiados enemigos. Y, como hijo de Illinois, tendría los votos de un Estado de dudoso republicanismo que eran necesarios para la victoria.

En la Convención Republicana del Estado de Illinois, el viejo John Hanks, que conocía a Lincoln desde su niñez, atravesó el pasillo de la sala llevando dos postes de valla que, según aseguraba, Lincoln y él habían cortado juntos. Los delegados prorrumpieron en ovaciones y Lincoln pronunció un discurso. Dijo que no estaba seguro de que él hubiera hecho aquellos postes treinta años antes, pero que, en todo caso, los había hecho mejores. Después de tan impresionante escena, la Convención decidió que Abraham Lincoln es el elegido por el partido republicano de Illinois como candidato a la Presidencia, y los delegados de este Estado tienen instrucciones para emplear todos los medios honrados con el fin de conseguir su nombramiento por la Convención de Chicago y votar en bloque a su favor.

LA CONVENCION REPUBLICANA

Los ojos del país se dirigieron hacia Chicago, la gran ciudad de 110 000 habitantes donde los republicanos se reunían para elegir sus candidatos.

Lincoln se quedó en Springfield. Los candidatos no debían asistir a una Convención. Pero sus representantes estaban allí en pleno.

Su estrategia era clara. El hombre al que era preciso derrotar era William H. Seward, jefe reconocido del partido y el contendiente más calificado en aquella elección.

Los representantes de Lincoln señalaban que, para ganar la elección, los republicanos necesitaban los votos de Pennsylvania, Indiana, Illinois y Nueva Jersey, así pues, deberían nombrar un candidato que pudiera arrastrar a aquellos dudosos Estados. Al principio, Lincoln sólo dispuso de los votos de Illinois, pero sus representantes operaron sobre otras delegaciones ofreciendo cambalaches, haciendo promesas, vendiendo influencias a cambio de votos. Cuando Lincoln se enteró de esto en Springfield envió el siguiente telegrama: "No autorizo pactos y no me con-

sideraré obligado por ninguno” Uno de sus representantes no pudo reprimir un ¡Ese maldito Lincoln! Y continuaron pactando, engatusando, cortejando, adulando y prometiendo sin tener para nada en cuenta las opiniones de su candidato

Representantes de Lincoln tuvieron la idea de imprimir entradas falsas para el local donde se celebraba la Convención y las repartieron entre sus partidarios. Así, a primera hora de la mañana, el Wigwam de Chicago estaba lleno de personas que habían entrado con los billetes falsos y estaban dispuestas a lograr la designación de Abraham Lincoln a fuerza de aclamaciones

Los partidarios de Seward, confiados en la victoria, desfilaron por las calles de Chicago, y cuando llegaron al salón se encontraron con que todos los asientos estaban ya ocupados. Fue inútil que agitaran al aire furiosamente sus entradas, la sala de la Convención estaba de bote en bote y hubieron de quedarse fuera

En medio de gran excitación empezó la emisión de votos

La sala era un puro rugido. ¡A votar, a votar!, gritaban los delegados con impaciencia

Cuando sólo le faltaba voto y medio para triunfar, Joseph Medill, uno de los representantes de Lincoln, susurró al oído de David Catter, presidente de la delegación de Ohio. Si usted inclina a la delegación de Ohio hacia Lincoln, Chase tendrá lo que quiera. Nunca sabremos si estas palabras influyeron o no en Catter, pero el caso fue que se levantó bruscamente y dijo tartamudeando entre un silencio de muerte

—“Señor pre-presidente me levanto para a-anunciar que transferimos cu-cuatro votos del señor Ch-Chase al señor Li-Lincoln”

Se desató el delirio. Los partidarios de Lincoln bailaban por los pasillos, tiraban los sombreros al aire, cantaban y silbaban. Uno de ellos se precipitó a la oficina de telégrafos y expidió el siguiente telegrama a Springfield: “Lo conseguimos. Dios sea loado”

Lincoln recibió la noticia en la redacción del Journal. Después de permitir que sus partidarios le estrecharan la mano, le dieran palmadas en la espalda y le llamaran “señor presidente”, se despidió de ellos diciendo: “Bien, caballeros, tengo una mujercita en mi casa que probablemente estará más interesada que yo por enterarse de lo que dice este telegrama. Si ustedes me lo permiten voy a llevárselo para que lo vea”.

Y emprendió la marcha por las calles desiertas para llevar la noticia a Mary

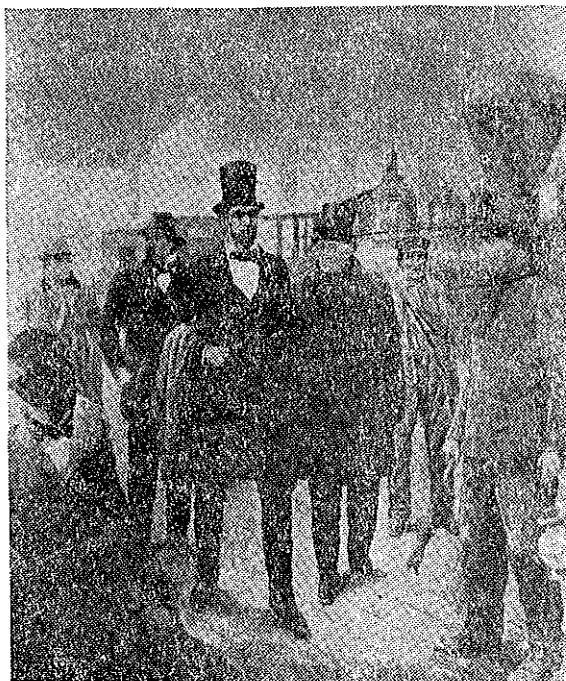
LA ELECCION

Teniendo enfrente tres candidatos que se disputarían los votos demócratas, los republicanos estaban seguros de ganar. En las elecciones triunfaron en todos los Estados del Norte, excepto en Nueva Jersey, que se dividió. En el Sur, once de los quince estados esclavistas eligieron a Breckenridge, tres votaron por Bell y sólo uno —Missouri— se pronunció a favor de Douglas. Lincoln recibió 1 866 452 votos populares, Douglas, 1 376 957, Breckenridge, 849 781, y Bell, 588 879. Abraham Lincoln sería el nuevo Presidente de los Estados Unidos

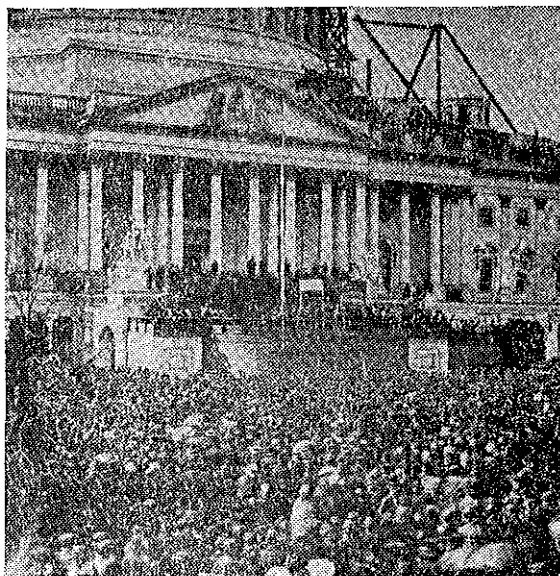
PRESIDENTE ELECTO

Desde la elección hasta la toma de posesión —de Noviembre a Marzo— hubo que recorrer un largo camino. El país estaba en ebullición y en el Sur crecía el sentimiento secesionista. Se suplicó al presidente electo que pronunciara unas palabras apaciguadoras. Pero Lincoln permaneció en silencio. Escribió al director del Missouri Republican: No puedo decir nada que no haya dicho ya, y lo que he dicho está impreso y al alcance del público. Perdóneme si le sugiero que si los periódicos, como el suyo, que hasta la fecha han desvirtuado y falsificado persistentemente cuanto he dicho, lo presentaran ahora íntegra y justamente a sus lectores, no habría más falsas interpretaciones

Lincoln tenía aún la esperanza de que podría evitarse una ruptura final entre el Norte y el Sur. Creía que los sudistas leales podrían contener a los secesionistas. Ocho de los quince



Llegada a Washington como Presidente electo



Rara fotografía de la primera inauguración de Lincoln. Se considera la mejor tomada en esa ocasión. Fue recientemente descubierta por el Instituto Smitsoniano de Washington, D. C.

Estados esclavistas permanecían aún dentro de la Unión. Si fuera posible disuadirlos de la ruptura, esperaba que los Estados ya separados reconsiderarían su actitud.

Durante sus ratos libres, Lincoln trabajaba en su discurso de toma de posesión. Y cuando se aproximó el momento, se encerró en un cuarto trasero situado sobre la tienda de su cuñado, y con cuatro obras de consulta a su lado —la Constitución, la proclama de Andrew Jackson contra la negativa de los Estados a cumplir las leyes federales, la contestación de Webster a Hayne y el discurso de Henry Clay sobre su propuesta de compromiso de 1850—, redactó su discurso. Y cuando lo hubo terminado, un cajista del *Journal* lo compuso en letras de molde y tiró unas cuantas pruebas.

El domingo 10 de Febrero de 1861, fue el último día que pasó en Springfield. Se acercó a su bufete para despejar su mesa y despedirse de su compañero Herndon.

1861

Lincoln estuvo recordando alegremente el pasado. Luego reunió un paquete de libros y papeles y se dispuso a salir. Pidió a Herndon que no retirase la placa que aparecía al pie de la escalera.

—“Déjala donde está” —dijo en voz baja— “para dar a entender a nuestros clientes que la circunstancia de que uno de sus socios haya sido elegido presidente no significa ningún cambio para la firma Lincoln & Herndon. Si vivo, volveré alguna vez y entonces seguiremos ejerciendo la abogacía como si nada hubiera pasado”.

A primera hora de la siguiente mañana la estación del ferrocarril estaba abarrotada de hombres y mujeres que habían acudido a decirle adiós. Cuando el tren estaba a punto de emprender la marcha, Lincoln apareció en la plataforma posterior de su vagón y pronunció las siguientes palabras:

“Amigos, nadie que no esté en mi situación puede apreciar mi tristeza en este momento de la partida. A este lugar, y a la bondad de sus habitantes, debo todo cuanto soy. Aquí he vivido durante un cuarto de siglo y me he convertido de joven en viejo. Aquí han nacido mis hijos y aquí está enterrado uno de ellos. Ahora me despido sin saber cuándo volveré ni si volveré, con una tarea esperándome mayor aún que aquella que recayó sobre Washington. Sin la ayuda de ese Ser Supremo que siempre le ayudó no podré triunfar. Con Su ayuda no puedo fracasar. Confío en El, que puede venir conmigo y quedarse con vosotros y estar ciertamente en todas partes, esperemos con fe que todo irá bien. Encomendándoos a Su protección y esperando que me encomendéis a El en vuestras oraciones, os dirijo un afectuoso adiós”.



Recepciones como esta eran frecuentes en la Casa Blanca. En la foto aparecen: el Presidente, la señora de Lincoln, el General Grant y su señora, el General Sherman y el Ministro de la Guerra Stanton.

LA PRIMERA TOMA DE POSESION

El viaje hasta Washington duró doce días. Lincoln hablaba donde el tren se detenía. En cada estación exhortaba al pueblo a hacer todo lo posible por salvaguardar la Unión. Si se perdiera la unión de estos Estados y las libertades de este pueblo —dijo en Indianápolis— significaría poco para cualquier hombre de cincuenta y dos años de edad, pero significaría muchísimo para los treinta millones de habitantes de estos Estados Unidos y para su posteridad hasta el fin de los tiempos. Es vuestra misión la de elevar y preservar la Unión y la libertad, para vosotros mismos y no para mí. Deseo que ambas puedan ser constitucionalmente conservadas.

Corrió el rumor de que Lincoln nunca se haría cargo del poder porque iban a asesinarle mucho antes. Las autoridades militares de la capital estaban alerta. Fusileros situados en los techos de las casas a todo lo largo de la Avenida de Pennsylvania vigilaban las ventanas de los edificios con orden de hacer fuego en caso de que se intente disparar desde las ventanas sobre la carroza presidencial.

Al medio día, el Presidente James Buchanan visitó al presidente electo en su Hotel y luego marcharon juntos por la Avenida de Pennsylvania abajo. Después de presenciar la ceremonia del juramento de su compañero de candidatura, el vicepresidente Hannibal Hamlin, Lincoln fue escoltado hasta el pórtico del Capitolio, donde su viejo amigo Edward Dickinson Baker hizo la presentación.

Lincoln buscó un lugar donde depositar su deslumbrante sombrero nuevo. La tradición afirma que Stephen A. Douglas se adelantó y lo sostuvo en sus manos. Luego, sacando de su bolsillo unas hojas impresas —el juego de pruebas de su discurso que el cajista de Springfield había compuesto para él secretamente y que ahora mostraba muchas correcciones manuscritas—, se caló los lentes y comenzó a leer su pieza oratoria. Parece —dijo— que existe entre el pueblo de los Estados del Sur el recelo de que, a causa del advenimiento de una Administración republicana, su propiedad, su paz y su seguridad personal van a estar en peligro. Pero, en su opinión, no había ninguna causa razonable de tal recelo. No tengo propósito ninguno de entrometerme, directa o indirectamente, con la institución de la esclavitud en los Estados donde existe. Creo que no tengo ningún derecho legal para hacerlo así y no me siento inclinado a hacerlo.

Para apaciguar los temores del Sur dio su solemne promesa de que se atendería estrictamente a lo dispuesto en la ley de esclavos fugitivos, la cual está tan claramente escrita en la Constitución como cualquier otro de sus preceptos. Recordó a sus oyentes que la Constitución se había hecho para formar una Unión más perfecta. Pero si la destrucción de la Unión por uno de los Estados o sólo por una parte de uno de ellos, fuera legalmente posible, la Unión sería menos perfecta que antes, lo que estaría en contradicción con la Constitución y por tanto sería absurdo.

Declaró que la Unión estaba intacta y que las leyes de la Unión serían fielmente ejecutadas en todos los Estados. Me parece que hacer esto es sólo un simple deber por mi parte, y lo cumpliré hasta donde sea posible, excepto si mis legítimos superiores, el pueblo norteamericano, me negasen los medios necesarios o, de alguna manera autorizada, mandasen lo contrario.

Luego razonó de la siguiente manera: "Para hacer esto no se necesita derramamiento de sangre ni violencia, y no habrá nada de esto a no ser que se obligue a ello a la autoridad nacional. El poder que me ha sido confiado se empleará en mantener, ocupar y poseer las propiedades y lugares que pertenecen al gobierno y en recaudar derechos e impuestos, pero fuera de lo que pueda ser necesario para cumplir estos objetivos no habrá invasión ni empleo de fuerza contra o entre el pueblo de ninguna parte"

Dirigiéndose a los que verdaderamente aman la Unión, destacó que la idea básica de la secesión es la esencia de la anarquía. Sustancialmente la disputa se basa en que una parte de nuestro país cree que la esclavitud es justa y debería extenderse, mientras que otros creen que es injusta y no debería ser extendida.

Pero, en su opinión, físicamente hablando, no podemos separarnos. No podemos separar nuestras secciones respectivas una de otra ni construir una muralla infranqueable entre ellas. Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Siempre que este pueblo esté descontento con el existente sistema de gobierno puede ejercer su derecho constitucional de enmendarlo o su derecho revolucionario de desmembrarlo o de derribarlo. Pidió al país que meditara con calma y profundidad esta cuestión: nada valioso puede perderse si nos tomamos tiempo.

Luego dirigió sus palabras patentemente hacia el Sur: "En vuestras manos, mis descontentos conciudadanos, y no en las mías, está la trascendental cuestión de la guerra civil. El gobierno no quiere combatir contra vosotros. No podéis tener conflicto sin ser vosotros los agresores. No tenéis grabado en el cielo ningún juramento de destruir el gobierno, mientras que yo tendré allí grabado el más solemne juramento de preservarlo, protegerlo y defenderlo."

Originalmente aquí terminaba el discurso. Pero cuando William Seward propuso incluir un párrafo final conciliatorio, Lincoln refundió las frías frases de Seward en una prosa de bíblica belleza:

"Siento tener que terminar. No somos enemigos, sino amigos. No podemos ser enemigos. Aunque la pasión puede haber retorcido nuestros vínculos de afecto, no los ha roto. Los místicos acordes del recuerdo, extendiéndose desde cada campo de batalla, desde la tumba de cada patriota, hasta todo corazón viviente y todo hogar, sobre toda esta vasta tierra, henchirán aún el coro de la Unión, cuando sean nuevamente pulsados, como seguramente lo serán por los más nobles emisarios de nuestra naturaleza."

Luego prestó el juramento y de miles de gargantas brotó una ovación en honor del décimosexto Presidente de los Estados Unidos.

EL FUERTE SUMTER

Al día siguiente de la toma de posesión, un informe que no auguraba nada bueno llegó hasta la mesa del Presidente Lincoln. Lo enviaba el comandante Robert Anderson, jefe del Fuerte Sumter, la última fortaleza que quedaba en manos federales en el puerto de Charleston. Anderson decía que sus provisiones escaseaban y que si no podía ser abastecido en el plazo de seis semanas tendría que abandonar el fuerte.

Así, nada más empezar su Administración, el nuevo Presidente se enfrentaba con una decisión trascendental, una decisión de la que dependía la paz del país. En su discurso inaugural había prometido que sostendría, ocuparía y poseería los lugares y propiedades pertenecientes al gobierno federal. Pero si se abastecía el Fuerte Sumter, los siete Estados secesionistas podían resistir por las armas. Y no abastecer la guarnición probaría que la nueva Administración no tenía valor para sostener sus convicciones.

El Fuerte Sumter se convirtió en un símbolo. Para el Norte, sostener el Fuerte significaba conservar la autoridad federal, para el Sur, el hecho de que ondease la bandera de las barras y estrellas sobre el territorio de un Estado secesionista, significaba una humillación y un insulto.

A pesar de su enérgica declaración en su discurso inaugural, pensó seriamente en ceder en la cuestión del Fuerte Sumter. A fin de dorar aquella píldora para la opinión nordista y mantener el prestigio del Norte, se proponía reforzar el Fuerte Pickens, que dominaba el puerto de Pensacola en el Estado de Florida. Así, en la primera semana de Abril, mandó preparar dos ex-

pediciones, una hacia Florida y la otra hacia Carolina del Sur. Si la expedición de Píken tenía éxito, el Fuerte Sumter sería entregado. Pero cuando el comandante naval federal de Pensacola no permitió desembarcar a las tropas de la Unión destinadas al fuerte Píken, Lincoln no tuvo otra alternativa sino reforzar el Fuerte Sumter.

Al amanecer del 12 de Abril de 1861, las baterías de Charleston abrieron fuego contra el fuerte. La lucha fratricida que Lincoln había intentado evitar era una realidad.

El estallido de la guerra borró la indecisión de Lincoln. Sin vacilar ni dudar más publicó una proclama declarando que las leyes del país eran incumplidas en los siete Estados secesionistas mediante maquinaciones demasiado poderosas para ser reprimidas por procedimientos judiciales normales y por tanto se veía obligado a movilizar en los Estados de la Unión 75 000 soldados de sus milicias para suprimir dichas maquinaciones. La fuerza había de ser afrontada con la fuerza, el desafío del Sur contra la autoridad federal no podía ser tolerado.

Pocas semanas más tarde, en su primer mensaje al Congreso, el Presidente explicaba

"La culpa no podía imputarse al Norte, era el Sur el que debía ser hecho responsable del delito

Ellos sabían que este Gobierno deseaba sostener la guarnición del Fuerte, no atacarlos, sino meramente mantener una posesión visible y preservar así a la Unión de una efectiva e inmediata desaparición, confiando la solución final, como aquí se ha declarado antes, al tiempo, a la discusión y a las urnas electorales, ellos asaltaron y tomaron el Fuerte precisamente con el objetivo contrario: eliminar la autoridad visible de la Unión federal obligándola así a su inmediata disolución"

Los disparos contra la bandera del Fuerte Sumter, razonaba Lincoln, forzaron al país a afrontar el dilema: o inmediata disolución o sangre. Y esta cuestión afecta a algo más que al destino de estos Estados Unidos. Plantea a la entera familia humana la cuestión de si una república constitucional, o una democracia —un gobierno del pueblo por el mismo pueblo— puede, o no puede, mantener su integridad territorial contra sus propios enemigos domésticos. Y plantea la cuestión de si unos individuos descontentos, demasiado escasos en número para controlar la Administración, de acuerdo con una ley organizada, pueden siempre, en cualquier caso, con excusas, o, arbitrariamente, sin excusa ninguna, derribar su gobierno y terminar así prácticamente con todo gobierno libre sobre la tierra. Esto nos obliga a preguntar: "¿Existe en todas las repúblicas esta fatal debilidad como cosa inherente e inevitable? ¿Es absolutamente necesario que un gobierno deba optar o por ser tan fuerte que ahogue las libertades de su pueblo o por ser tan débil que ponga en peligro su propia existencia, sin que haya ninguna otra solución?"

Por consiguiente, considerando el problema, no quedaba otra salida sino la de manifestar el poder militar del Gobierno, y por tanto resistir a la fuerza empleada en su destrucción con la fuerza empleada en su conservación.

"Ahora debemos resolver la cuestión" —dijo sombríamente— "de si en un pueblo libre la minoría tiene el derecho de derribar al gobierno cuando quiera. Si fracasamos, ello servirá para probar la incapacidad del pueblo para gobernarse así mismo"

GUERRA

El Norte y el Sur tenían fuerzas desiguales. La población de los veintidós Estados leales ascendía a unos veinte millones, la población de los once Estados secesionistas —porque, después de la movilización decretada por Lincoln, Virginia, Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee se habían sumado a la Confederación— era de seis millones aproximadamente, sin contar los esclavos. La industria y los recursos materiales y humanos del Norte eran ampliamente superiores a los del Sur, pero el espíritu combatiente y los mandos del Sur aventajaban a los de sus rivales. El Sur era patria de buenos soldados, que sabían manejar el rifle y montar a caballo. Era gente del campo, cazadores y agricultores, no artesanos, obreros industriales y habitantes de las ciudades, como la mayoría de los soldados nordistas.

A los sudistas la finalidad de la lucha les parecía clara: creían que todo Estado tenía el derecho de separarse, y una vez alcanzada tal decisión, el Gobierno federal no tenía autoridad para intervenir en la cuestión. Para el Sur, el Norte había sido el agresor, el Sur iba a la guerra.

solamente para salvaguardar su libertad e independencia de la dominación nordista y para conservar su forma de vida.

La finalidad del Norte no podía darse a entender con tanta facilidad. Sus ideas eran más difíciles de explicar. El Norte iba a la guerra no para abolir la esclavitud, sino para asentar el principio de que en un sistema de gobierno libre la minoría no tiene el derecho de derribar el gobierno a su voluntad.

Después del bombardeo del Fuerte Sumter se enviaron tropas para guarnecer la indefensa capital. La intranquilidad reinaba en Washington. Los confederados tenían 15 000 hombres en la vecina localidad de Alejandría. Los secesionistas de Maryland habían cortado las vías del ferrocarril y los cables telegráficos, la capital quedó aislada. Pasaron días sin que se recibiesen noticias de las fuerzas de Massachusetts, Rhode Island y Nueva York, que estaban en marcha. Lincoln, que acechaba su llegada con un anteojo, estalló de pronto angustiado. ¿Por qué no vienen? ¿Por qué no vienen?

En Baltimore, los simpatizantes con los secesionistas abrieron fuego sobre el regimiento número 6 de Massachusetts cuando cruzaba las calles de la ciudad. Cuatro muertos y muchos heridos quedaron sobre el pavimento. Cuando la unidad llegó a Washington, los heridos fueron a presentar sus respetos a Lincoln y el Presidente les dijo con amargura: Empiezo a creer que el Norte no existe. El regimiento número 7 es un mito, Rhode Island es otro mito. Vosotros sois la única realidad.

A una delegación de ciudadanos de Baltimore, que fueron a pedirle que las tropas federales no volvieran a atravesar la ciudad, Lincoln les contestó de mal talante:

“Ustedes, caballeros, vienen a pedirme que haga la paz bajo cualquier condición y no tienen una palabra de censura contra los que nos están haciendo la guerra. Expresan gran horror por el derramamiento de sangre y no pondrían una paja en el camino de los que se están organizando en Virginia y en otras partes para conquistar esta ciudad. Los rebeldes atacan el Fuerte Sumter y ustedes, señores ciudadanos, atacan a las tropas enviadas para defender al Gobierno y las vidas y propiedades de la ciudad de Washington, y todavía pretenden que yo falte a mi palabra y decrete la rendición del Gobierno sin disparar un tiro. Eso no sería digno de Washington ni de Jackson y no habría en ello ni hombría ni honor. No deseo invadir el Sur, pero necesito tropas para defender la capital. Geográficamente, ésta se halla rodeada por territorio de Maryland y existe la necesidad física de que esas tropas crucen su territorio. Nuestros hombres no son topos para marchar bajo tierra ni aves que puedan llegar aquí por el aire. No tienen más remedio que cruzar el territorio de Maryland y lo harán”.

El 21 de Julio de 1861, un cálido domingo, el ejército federal cruzó el arroyuelo de Bull Run y atacó al ejército confederado establecido en Manassas, a unas quince millas al suroeste de Washington. Al principio el combate fue favorable al Norte, pero cuando el ejército del Gral. Johnston enlazó con el grueso de las tropas sudistas mandado por Beauregard, los confederados se lanzaron al contraataque y los soldados de la Unión huyeron en desbandada.

Para el Norte la derrota de Bull Run fue una suerte disfrazada. La carga de la discordia interna se disipó, el pueblo se unió mucho más en su esfuerzo guerrero.

En el Sur el entusiasmo por la victoria despertó vanas esperanzas. Los soldados desertaban de sus unidades y se iban a sus casas, los políticos creyeron que el éxito sería seguido por el reconocimiento de la Confederación por las potencias europeas, las cuales ayudarían a los secesionistas a romper el bloqueo.

Las defensas de Washington fueron reforzadas y se trazaron los planes para una próxima ofensiva. A fines de aquel año 170 000 hombres bien equipados estaban sobre las armas.

McClellan, según dijo a sus amigos políticos, sólo emprendería una ofensiva si sus manos no estaban atadas. Se quejaba de que el comandante supremo del Ejército, General Winfield Scott, estaba encastillado en una estrategia defensiva. El Gral. Scott es el obstáculo —escribía—. No quiere comprender el peligro. He de luchar para imponer mi criterio contra él. Probablemente la cuestión se decidirá mañana dándoseme el absoluto control, independientemente de él. Imagino que con esto me ganaré su enemistad, pero no tengo otra solución. El pueblo apela a mí para que salve el país. Debo salvarlo y no puedo respetar a nadie que se ponga en mi camino.

El General Winfield Scott, que contaba 75 años, enfermo de hidropesía y vértigos y cansado de la violenta actitud del joven general, presentó su dimisión a Lincoln el último día de

Octubre El Presidente la aceptó a regañadientes y al día siguiente nombró a McClellan general en jefe del ejército

Poco después de nombrar al general, el Presidente, acompañado por el Secretario de Estado, Seward, y por John Hay, fue a casa de McClellan para tratar con éste las cuestiones militares. Como McClellan no estaba en casa, Lincoln decidió esperar. Una hora más tarde llegó el general, y sin prestar atención al portero, quien le anunció que el Presidente le estaba esperando, subió las escaleras y pasó por delante de la habitación donde Lincoln y el Secretario de Estado estaban sentados. Estos, después de esperar cosa de media hora más, mandaron a un criado que anunciase al general su presencia, sólo para recibir la fría respuesta de que el general se había ido a la cama.

Lincoln salió de la casa tranquilamente y dijo a su indignado Secretario que era preferible en aquellos momentos dejarse de puntillos de etiqueta y dignidad personal.

El Presidente siguió urgiendo al General para que atacase antes de que el invierno dejase impracticables las carreteras impidiendo las operaciones. McClellan no se dejó acuciar —probablemente desde el primer momento había decidido esperar hasta la primavera— y antes de que estuviera listo para mover su ejército hacia Richmond llegó el mal tiempo y hubo que aplazar la operación. El gran ejército del Potomac se retiró a sus cuarteles de invierno y así terminó el año 1861.

MESES SOMBRIOS

1862

El año 1862 se inició con oscuras nubes. En el Este, el ejército del Potomac estaba ocioso en sus acuartelamientos, en el Oeste, los comandantes principales no sabían coordinar sus operaciones.

Los abolicionistas estaban todavía furiosos porque pocas semanas antes el Presidente había revocado la proclama por la que el General Frémont daba libertad a los esclavos de los territorios bajo su mando.

A los reproches de Orville Browning, buen amigo suyo desde los días de Vandalia, Lincoln contestó con una larga carta en la que pacientemente explicaba sus motivos.

La proclama del General Frémont —escribía— en lo que se refiere a la confiscación de propiedades y a la liberación de esclavos, es un acto puramente político, no situado dentro del marco de la ley militar o de la necesidad. Si un general con mando encuentra necesario confiscar la finca de un propietario particular como lugar de pasto o para construir un campamento o fortificación, tiene el deber de hacerlo y de mantenerlo mientras exista esa necesidad; y esto está dentro de la ley militar, porque está dentro de la necesidad militar. Pero decir que la finca no pertenecerá más al propietario ni a sus herederos, y esto tanto si la finca no se necesita ya para fines militares como si se necesita, es cuestión puramente política, sin matiz ninguno de ley militar. Lo mismo sucede con los esclavos. Si el general los necesita puede apoderarse de ellos y emplearlos, pero cuando la necesidad haya pasado, no le corresponde fijar permanentemente su futura condición. Esto debe realizarse según las leyes hechas por los legisladores y no por proclamas militares. La proclama, en este punto particular, es simplemente dictadura. Supone que el general puede hacer lo que le plazca: por ejemplo, confiscar las tierras y dar la libertad tanto a los esclavos de gente leal como a los de la desleal. ¡Y no dudo que haber llegado a este extremo hubiera sido aún más popular entre ciertas personas inconscientes que lo realizado por el General Frémont! Pero yo no puedo aceptar eso bajo mi responsabilidad. Usted habla de ello como si fuera la única manera de salvar al Gobierno. Por el contrario, eso supone la abdicación del Gobierno. ¿Podría imaginarse que existe el Gobierno de los Estados Unidos —cualquier gobierno de Constitución y leyes— cuando un general o un presidente pueden establecer reglas permanentes sobre la propiedad mediante proclamas?

PREOCUPACIONES SIN FIN

La lista de las preocupaciones del presidente no tenía fin.

Había además las ordinarias dificultades con el General McClellan, que se convirtieron en extraordinarias cuando éste cayó gravemente enfermo, se metió en la cama y dejó en punto muerto todos los asuntos del Ejército.

¿Qué puedo hacer? —exclamaba Lincoln desesperado— El pueblo está impaciente, Chase no tiene dinero y me dice que no puede recaudar más, el general en jefe está enfermo con fiebre tifoidea El vaso está colmado ¿Qué puedo hacer?

Llegó a pensar seriamente en asumir la dirección de las operaciones militares Pero cuando McClellan se recuperó y se presentó en Washington, Lincoln le permitió seguir adelante con sus proyectos Para impulsar al Pequeño Mac a la acción, Lincoln publicó la curiosa Orden General de Guerra número 1, disponiendo que el 22 de Febrero de 1862 comenzara contra las fuerzas insurgentes un movimiento general de las fuerzas de tierra y mar de los Estados Unidos

A las dificultades políticas y militares se añadieron las penas personales En Febrero moría a los doce años de edad Willie Lincoln, dejando a su padre sumido en el dolor Suspiraba ¡Pobre hijo mío!, era demasiado bueno para este mundo Se negó a comer y paseaba de extremo a extremo de la habitación entregado a profundos pensamientos Propuso que el jueves, día de la muerte de Willie, fuera declarado día de luto nacional para las familias que habían perdido un hijo en la guerra

Mary, alarmada, rogó al Reverendo Dr Francis Vinton que visitara a su marido. El Ministro dijo a Lincoln que el complacerse en su propio dolor, aunque natural, era pecaminoso e indigno de una persona creyente en Cristo Su hijo está vivo, en el Paraíso Recuerde aquel pasaje evangélico "Dios no es el Dios de los muertos, sino el de los vivos, porque todos vivimos en El" Lincoln repitió entre lágrimas ¿Vivo, vivo? Y el sacerdote contestó No piense que su hijo está entre los muertos, no está ahí, vive hoy en el Paraíso

Fueron meses de desesperación aquellos primeros de 1862 La Unión, cansada de guerra, necesitaba imperiosamente una victoria militar

COMANDANTE EN JEFE

El presidente se mantenía en estrecho contacto con sus generales Les telegrafía, frecuentemente, varias veces en un solo día

Lincoln no fue comandante en jefe de nombre solamente Desempeñó un papel activo en la confección de los planes militares

Dos días después, el 26 de Mayo, cuando McClellan estuvo a la vista de Richmond, el presidente le telegrafió Creo que se aproxima el momento en que usted debe atacar Richmond o bien renunciar a su intento y acudir en defensa de Washington Por entonces el ejército del Potomac llevaba casi dos meses en la Península y había avanzado solamente sesenta millas

El último día de Mayo, el General Johnston, viendo que el ejército de McClellan estaba dividido a ambos lados del río Chickahomny, que venía muy crecido, embistió contra las fuerzas federales cerca de Fair Oaks y Seven Pines La batalla duró dos días con pérdidas por ambas partes pero sin que se llegara a un resultado decisivo

Fue en Fair Oaks donde el General Johnston, el jefe confederado, resultó gravemente herido y tuvo que hacer entrega de su mando El General Robert E Lee se convirtió en el nuevo comandante del ejército sudista Lee, que conocía a McClellan muy bien y se decía que podía leer en la mente del Pequeño Mac como en un libro abierto, se dio cuenta de que su contrario estaba esperando refuerzos Se fijó el objetivo de atacarle antes que estos refuerzos llegasen

El 26 de Junio los confederados lanzaron su asalto Durante toda una semana —la Batalla de los Siete Días— los dos ejércitos combatieron esforzadamente Los federales perdieron 16 000 hombres y los confederados 20 000

McClellan se despegó de los ataques confederados y se retiró dieciséis millas hasta Harrison's Landing, donde se atrincheró en fuertes posiciones Echó la culpa de su fracaso al presidente y a la constante intromisión de éste en la estrategia militar Si salvo el ejército esta vez —decía en un despacho al Secretario de Guerra— le diré claramente que no habré de dar las gracias ni a usted ni a ninguna otra persona de Washington Han hecho ustedes todo lo posible por sacrificar este ejército.

El Pequeño Mac estaba furioso

EN BUSCA DE UN GENERAL

El Norte necesitaba sangre fresca para nutrir sus filas. Lincoln pidió reclutas a los gobernadores, asegurándoles que la lucha proseguiría hasta lograr el triunfo, o bien hasta que yo muera, o sea vencido, o expire mi mando, o el Congreso o la Nación renieguen de mí.

En sus primeros tiempos como presidente los conocimientos de Lincoln en temas militares eran superficiales. Pero a medida que la guerra se fue prolongando, dominó la estrategia y la logística, pues su mente captaba rápidamente los problemas. Así y todo sintió la necesidad de tener un asesor militar, un hombre al que pudiera dirigirse a busca de consejo. Por esto, cuando regresó de Harrison's Landing, donde visitó a McClellan el 8 de Julio, llamó al General Henry W. Halleck y le designó para mandar la totalidad de las fuerzas de tierra de los Estados Unidos como general en jefe.

Como señala el profesor T. Harry Williams en su magistral obra Lincoln y sus generales, Halleck fue comandante supremo de nombre, pero raramente de hecho. Dio a Lincoln consejos militares, que a veces eran aceptados, pero ejerció poco control efectivo sobre las operaciones militares. Su mando fue un experimento de dirección unificada de los ejércitos que no dio resultado porque no le gustaba la responsabilidad y no le gustaba mandar. Le encantaba aconsejar, pero le desagradaba tomar decisiones. Sin embargo, el experimento fue necesario, y para Lincoln aquello fue muy formativo. El Gobierno se dirigía a tientas hacia una nueva concepción del mando y Lincoln aprendió mucho de su experiencia con Halleck.

El 29 y el 30 de Agosto el General Lee atacó e infligió duro castigo a Pope en la segunda batalla de Bull Run.

La derrota dejó al ejército desorganizado y con la disciplina relajada. Una vez más Lincoln hubo de volverse hacia McClellan. Necesito a McClellan para que reorganice el ejército y lo saque del caos —confió a su secretario de Marina—.

Lincoln no se hacía ilusiones acerca de McClellan, conocía sus insuficiencias, su lentitud, su egomanía y su arrogancia, pero sabía también que, en la situación en que había venido a encontrarse el ejército, McClellan era el más indicado para organizar y adiestrar a los hombres.

Y cuando Lee se dirigió hacia Maryland pocos días más tarde y la Unión necesitaba un comandante en jefe, este fue una vez más McClellan.

Si McClellan hubiera sido más resuelto, el ejército confederado hubiera podido ser aniquilado en Antietam. Pero fue cauto, durante el momento culminante del combate mantuvo todo un cuerpo de ejército en reserva cuando debió haberlo lanzado a la lucha, y cuando Lee emprendió la retirada, le dejó escapar sin perseguirlo.

LA SUERTE DE LAS ARMAS

Lincoln meditó sobre la suerte de las armas:

"La voluntad de Dios prevalece. En las grandes luchas cada parte afirma que obra de acuerdo con la voluntad de Dios. Las dos pueden estar equivocadas y seguramente una de ellas lo está. Dios no puede estar a favor y en contra de una misma cosa al mismo tiempo. En la presente guerra civil es muy posible que la intención de Dios sea algo diferente de las intenciones de cada una de las partes; y aun así, los medios humanos, trabajando tal como lo hacen, son el mejor instrumento para efectuar Su intención. Estoy casi dispuesto a decir que esto es probablemente verdad que Dios quiere la lucha y quiere que no termine aún. Sólo ejerciendo su gran poder sobre las mentes de los contendientes al iniciarse la pelea hubiera podido salvar o destruir la Unión sin una lucha humana. Pero la lucha empezó. Y, una vez empezada, pudo haber dado la victoria final a cualquiera de las partes cualquier día. Pero la contienda continúa."

El 5 de Noviembre Lincoln relevó a McClellan del mando. Afirmé que le destituiría —dijo a un político que fue a interceder por el general— si dejaba escaparse al ejército de Lee y debo cumplir lo que dije. McClellan es la lentitud personificada.

El nuevo jefe fue Ambrose E. Burnside, de 38 años, un hombre apuesto, atrevido e impetuoso, con grandes patillas.

Lincoln estaba desesperado. Estamos al borde de la destrucción, dijo a un amigo. Parece que el Todopoderoso está contra nosotros y apenas puedo ver un rayo de esperanza.

LOS GENERALES

En Enero de 1863 se aceptó la dimisión de Burnside, las disputas del general con otros altos jefes hicieron inevitable su separación del mando.

1863

Fue reemplazado por el guapo Joseph Hooker, un alegre jefe de caballería, alerta y confiado, desbordante de entusiasmo y tan animoso como un muchacho. Lincoln le citó en su despacho y le entregó esta carta:

"General, le he colocado a la cabeza del ejército del Potomac. Naturalmente lo he hecho por razones que me han parecido suficientes. Pero creo preferible poner en su conocimiento que hay en usted algunas cosas respecto de las cuales no estoy completamente satisfecho. Me parece que es usted un soldado valiente y competente, lo cual, naturalmente, me gusta. También me parece que no mezcla la política con su profesión, en lo cual está acertado. Tiene confianza en usted mismo, lo cual es una cualidad valiosa, aunque no indispensable. Es ambicioso, lo cual, dentro de unos límites razonables, hace más bien que mal."

"Pero he sabido, de fuente digna de crédito, que usted dijo recientemente que tanto el ejército como el Gobierno necesitaban un dictador. Naturalmente, le he dado el mando no por esto, sino a pesar de esto. Sólo aquellos generales que obtienen éxitos pueden tener madera de dictadores. Lo que yo le pido ahora es un éxito militar y correré el peligro de la dictadura. El Gobierno le apoyará hasta el máximo de su capacidad, que es ni más ni menos lo que ha hecho y hará con todos los comandantes."

"Y ahora, cuidado con las temeridades. Cuidado con las temeridades, pero, con energía y atenta vigilia, vaya adelante y denos victorias"

Como Lee avanzaba, la mejor estrategia era seguirle y atacarle cuando el lugar y el tiempo fueran favorables. Lincoln observó el error del plan de Lee y escribió a Hooker: "Si la cabeza del ejército de Lee está en Martinsburg y su cola en el camino entre Fredericksburg y Chancellerville, el animal debe ser muy delgado en alguna parte. ¿No podría usted partirlo?"

Pero la conducta de Hooker se parecía cada día más a la de McClellan. Siempre pedía más armas y abastecimientos. Con los nervios de punta, disputó con el General Halleck y amenazó con dimitir. Lincoln hubo de escoger entre Halleck y Hooker y escogió a Halleck. El 28 de Junio, cuando la batalla estaba perfilándose, Hooker fue relevado del mando y en su lugar el Presidente nombró al General George Meade, llamado la gran tortuga voraz, un hombre metódico, de temperamento irascible, estirado y solemne, sin humor ni imaginación, pero muy dotado para la táctica militar.

Bajo el mando de Meade, en los tres primeros días de Julio, se libró el mayor encuentro de la guerra civil en la pequeña población de Gettysburg, en Pennsylvania. Fue una gran derrota para el Sur y el cambio de suerte para el Norte. Los confederados se retiraron dejando millares de sus mejores hombres sobre el campo de batalla.

El 4 de Julio, al día siguiente de Gettysburg, llegó la noticia de que el General Grant había tomado Vicksburg. El Mississippi quedaba abierto. Lincoln dijo esperanzado: "Ahora, si el General Meade puede completar su obra, tan gloriosamente realizada hasta el momento, con la destrucción total o sustancial del ejército de Lee, la rebelión habrá terminado."

Pero cuando el Presidente leyó en la felicitación de Meade a sus tropas que el ejército de la Unión debe expulsar de nuestro suelo todos los vestigios de la presencia del invasor, sus esperanzas se derrumbaron. ¡Expulsar al invasor de nuestro suelo! ¡Dios mío! ¿Es esto todo? ¿Es que nuestros generales nunca podrán quitarse esa idea de la cabeza? Todo el país es nuestro suelo.

Meade debía ir detrás de Lee y destruirle antes que éste cruzara el Potomac. Cuando Meade se quedó quieto, Lincoln observó que el general estará dispuesto a reñir una magnífica batalla cuando no haya enemigo con quien luchar. Sucedió como lo predijo. Lee se escapó. Los tuvimos en nuestro puño. Sólo con haber apretado la mano hubieran sido nuestros.

El General Halleck comunicó a Meade el disgusto del Presidente y, en respuesta, Meade

ofreció su dimisión. Lincoln escribió una larga carta, una carta que nunca envió. Me parece —decía— que usted no se da cuenta de la magnitud de la gran desgracia que ha supuesto el que Lee se nos escapara. Estaba en nuestras manos, y el haber concluido con él, junto con nuestros demás éxitos recientes, habría sido el fin de la guerra. Ahora, tal como están las cosas, la guerra puede prolongarse indefinidamente.

En cambio, sí se dio curso a otra carta en la que el Presidente daba las gracias al Gral. Ulises S. Grant por lo que había hecho. Esta carta decía:

No recuerdo que usted y yo nos hayamos conocido personalmente. Escribo ahora esta carta en agradecido reconocimiento del casi inestimable servicio que ha prestado a la nación. Y quiero decir una palabra más. Cuando usted llegó a las proximidades de Vicksburg imaginé que haría lo que finalmente ha hecho: conducir las tropas a través del istmo, pasar las baterías a bordo de los transportes y así avanzar hacia el Sur, pero nunca tuve fe en que la expedición del Paso Yazoo y las demás operaciones pudieran tener éxito, sino sólo una vaga esperanza en que usted estuviera mejor informado que yo. Cuando avanzó hacia el Sur y tomó Gibson, Grand Gulf y sus cercanías, creí que debería marchar río abajo y unirse con el General Banks, cuando torció hacia el norte, al este del Big Black, temí que hubiera cometido un error. Ahora quiero reconocer personalmente que usted tenía razón y que yo estaba equivocado.

Cuando el General Grant estaba asediando Vicksburg, Lincoln confió a un jefe militar que si el General Grant tomaba la ciudad, él sería mi hombre y yo el suyo durante el resto de la guerra.

LA EMANCIPACION

Una de las ideas más queridas por Lincoln era la de ofrecer ayuda financiera a los Estados para que estos adoptaran medidas tendentes a realizar una gradual y compensada emancipación de los esclavos. Afirmaba que un solo millón de dólares, o sea menos de lo que costaba medio día de guerra, bastaría para comprar todos los esclavos de Delaware a razón de 400 dólares por cabeza. El Congreso aprobó aquella resolución sin los votos de los representantes de los Estados fronterizos.

A medida que la guerra fue prolongándose, el problema de la emancipación se convirtió en una cuestión candente.

En su carta abierta La oración de veinte millones, Greeley zahería al Presidente acusándole de servilismo hacia los políticos de los Estados fronterizos que le estaban haciendo olvidar que la esclavitud es en todas partes la causa impulsora y la base sustentante de toda traición.

Lincoln podía haber contestado que él estaba decidido en favor de la emancipación, que tenía escrita ya la proclama y que solamente estaba esperando el momento apropiado para anunciarla. Pero en vez de esto escribió a Greeley: Mi objetivo supremo en esta contienda es salvar la Unión y no es ni salvar ni destruir la esclavitud. Si yo pudiera salvar la Unión sin dar la libertad a ningún esclavo, lo haría así, y si pudiera salvarla dando la libertad a todos los esclavos lo haría también, y si pudiera salvarla dando la libertad a unos y manteniendo en la esclavitud a otros, también lo haría.

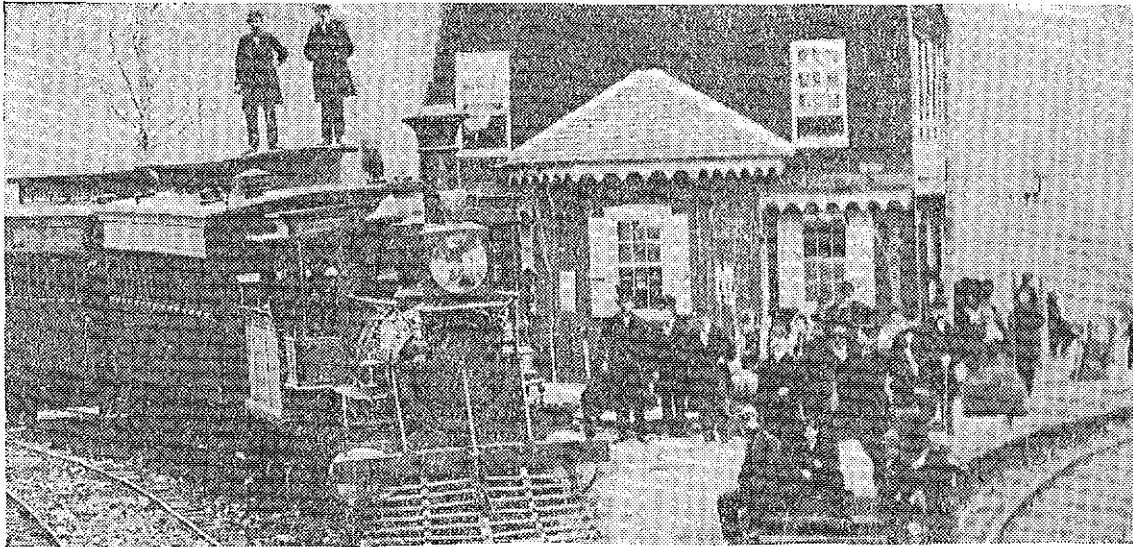
Cuando Lincoln leyó al Gabinete que, el primero de Enero del año del Señor mil ochocientos sesenta y tres, todas las personas mantenidas en esclavitud dentro de cualquier Estado o parte específica de un Estado cuya población se halle en ese momento en rebelión contra los Estados Unidos, serán entonces, desde ese momento y para siempre LIBRES, y el Gobierno Ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo sus autoridades militares y navales, reconocerá la libertad de tales personas, y no hará ningún acto ni actos para impedir a tales personas, o a cualquiera de ellas, cualesquiera esfuerzos que puedan hacer en favor de su libertad efectiva.

El 22 de Septiembre de 1862 se publicó la proclamación preliminar de la Emancipación.

Pocas semanas más tarde, en su mensaje anual al Congreso, el Presidente comentó esta medida con palabras elocuentes:

Conciudadanos, nosotros no podemos escapar del juicio de la historia. Nosotros, los de este Congreso y los de esta Administración, seremos recordados aunque no querramos. Ninguna significación personal, o insignificancia, de cualquiera de nosotros será pasada por alto. La di-

fácil prueba que estamos atravesando nos iluminará, honrosa o deshonrosamente, hasta la última generación. Decimos que estamos a favor de la Unión. El mundo no olvidará que hemos dicho esto. Sabemos cómo salvar la Unión. El mundo sabe que nosotros sabemos cómo salvarla. Nosotros —siempre nosotros, los que estamos aquí— ostentamos el poder y cargamos con la responsabilidad. Al dar la libertad al esclavo, aseguramos la libertad de los libres: tan honroso es lo que damos como lo que defendemos mezquinamente la última y mejor esperanza de la tierra. Otros medios pueden triunfar, pero este no puede fracasar. El camino es llano, pacífico, generoso, justo: un camino que, si lo seguimos, el mundo aplaudirá para siempre y Dios nos bendecirá para siempre.



Esta es una fotografía controversial. Unos sostienen que es una de Lincoln en su viaje a Gettysburg. Otros sostienen que no es Lincoln el hombre con el sombrero de copa alta. De todas maneras la foto es de la época.

LA PROCLAMA

El día de Año Nuevo de 1863, se hizo pública la proclamación definitiva, dando la libertad a los esclavos de los Estados rebeldes. Debe tenerse en cuenta que la ley de emancipación concedía la libertad solamente a los esclavos de las zonas donde el Gobierno nacional no tenía aún autoridad. No obstante —dice el profesor Nevins—, fue un acto inmortal en pro de la libertad humana. No sólo cambió los objetivos de la guerra, sino que los elevó al máximo nivel. Infundiendo al conflicto un nuevo significado moral, intensificó ese elemento de pasión e inspiración que vibra en tantas manifestaciones de Lincoln. El pensamiento liberal de Inglaterra y de todo el mundo se puso, gracias a esta ley, al lado de la Unión.

1863

Lincoln escribió una carta a su amigo James C. Conkling destinada a ser leída en un mitin del partido de la Unión Nacional. Llamada su última arenga electoral, hacía un llamamiento a los dudosos e intentaba convencer a los disconformes acerca de la rectitud con que había obrado la Administración.

“Ahí tenemos a los que están disconformes conmigo. Quisiera decirles a esos: deseáis la paz y me censuráis porque no la tenemos. ¿Pero cómo podemos lograrla? Sólo hay tres caminos concebibles. Primero, suprimir la rebelión por la fuerza de las armas. Esto es lo que estoy intentando hacer. ¿Os parece bien? Si es así estamos de acuerdo. Si no os parece bien, un segundo camino es el de renunciar a la Unión. Yo estoy contra esto. ¿Os parece bien a vosotros? Si es así decidlo llanamente. Si no sois partidarios de la fuerza ni de la disolución, entonces solamente resta buscar algún compromiso imaginable. No creo que ningún compromiso referente al mantenimiento de la Unión sea ahora posible. Todo cuanto sé conduce a la opinión diametralmente opuesta”

Y después de afirmar que ningún compromiso escrito, con el que los directores del ejército de Lee no estén de acuerdo podría ser eficaz, el Presidente llegó al punto vital: “Pero, para

hablar claro, estáis disconformes conmigo acerca del problema de los negros. Muy probablemente hay una diferencia de opinión entre vosotros y yo acerca de este tema. Yo deseo ciertamente que todos los hombres sean libres, en cambio, vosotros imagino que no lo deseáis. Pero yo no he adoptado ni he propuesto ninguna medida que no sea compatible hasta con vuestros puntos de vista, siempre que estéis a favor de la Unión. He propuesto una emancipación compensada, a lo que vosotros contestáis que no queréis pagar impuestos para comprar negros. Pero yo no os he pedido que paguéis impuestos para comprar negros, sino con el fin de ahorraros el tener que pagar mayores impuestos para salvar a la Unión exclusivamente por otros medios”.

“Os desagrada la proclamación de emancipación y tal vez quisierais que fuera retirada. Decís que no es constitucional, pero yo opino de manera diferente. Creo que la Constitución faculta a su comandante en jefe a hacer uso de la ley de guerra en tiempo de guerra. Lo más que puede decirse, si puede llegarse a tanto, es que el esclavo es una propiedad. ¿Existe —o ha existido alguna vez— alguna duda acerca de que, por la ley de guerra, las propiedades de enemigos y amigos pueden ser expropiadas cuando sea necesario? ¿Y no es necesario hacerlo siempre que su expropiación nos ayude o perjudique al enemigo?”.

“Pero la proclamación, desde el punto de vista legal, es válida o no lo es. Si no es válida no hace falta retirarla. Si es válida no puede ser retirada, de la misma manera que un muerto no puede ser devuelto a la vida. Algunos de vosotros pensáis que la retirada de la ley beneficiaría a la Unión. ¿Y por qué habríamos de estar mejor después de la retirada que antes de la publicación? Llevábamos más de año y medio intentando acabar con la rebeldía antes de que la proclamación hubiera sido publicada, los últimos cien días de ese período transcurrieron bajo un explícito aviso de que la proclamación iba a publicarse, a no ser que esto fuera impedido por los rebeldes volviendo a la obediencia. Ciertamente la guerra se ha desarrollado tan favorablemente a nuestras armas desde la publicación de la proclamación como antes. Sé, hasta el punto que uno puede conocer las opiniones de los demás, que algunos de los comandantes de nuestros ejércitos en campaña que nos han proporcionado nuestros más importantes éxitos, creen que la política de emancipación y el empleo de las tropas de color han constituido el más fuerte golpe jamás dado a la rebelión y que al menos uno de esos importantes éxitos no hubiera podido conseguirse sin la ayuda de los soldados negros. Entre los comandantes que piensan de esa manera los hay que nunca tuvieron afinidad ninguna con el llamado abolicionismo ni con los políticos del partido republicano, sino que opinan desde el punto de vista exclusivamente militar. Presento estas opiniones, las cuales creo que tienen cierto peso, contra las objeciones frecuentemente aducidas de que la emancipación y el alistamiento de los negros son medidas imprudentes desde el punto de vista militar y no fueron adoptadas de buena fe”.

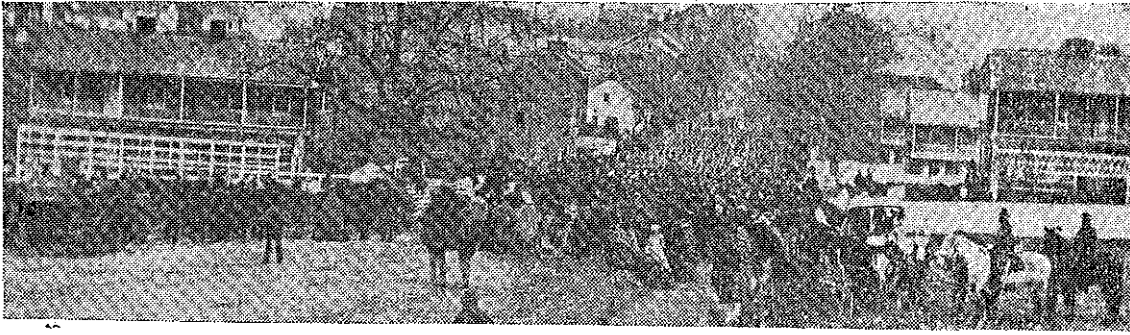
“Decís que no lucharéis para dar la libertad a los negros. Algunos de éstos, en cambio, parecen deseosos de luchar por vosotros, pero dejemos aparte esta cuestión. Combatid entonces exclusivamente para salvar la Unión. Publiqué la proclamación con el propósito de ayudaros a salvar la Unión. Si una vez que hayáis vencido toda resistencia contra la Unión yo os invocara para que siguierais luchando, entonces sería el momento oportuno para que declaraseis vuestra voluntad de no luchar para dar la libertad a los negros”.

Y el Presidente concluía así su mensaje. La paz no parece tan distante como en otros tiempos. Espero que vendrá pronto y que vendrá para quedarse, y vendrá de tal manera que será digna de ser conservada durante todos los tiempos futuros. Entonces se habrá demostrado que, entre hombres libres, no puede dar resultados favorables el recurrir a las armas en vez de recurrir a las urnas electorales, y los que recurran a las armas estarán seguros de perder el pleito y pagar las costas. Y entonces habrá algunos hombres negros, los cuales podrán recordar que, con lengua silenciosa, dientes apretados, ojos vigilantes y bien calada bayoneta, ayudaron a la humanidad a conseguir este gran objetivo, mientras temo que habrá algunos blancos, los cuales no podrán olvidar que, con corazón malintencionado y engañosas palabras, contribuyeron a retrasar tal consecución”.

Los argumentos de Lincoln hicieron vacilar a muchos. Los enemigos de la Administración fueron claramente derrotados.

Gloria a Dios en las alturas. Ohío ha salvado a la nación.

LA ORACION DE GETTYSBURG



Gettysburg, Noviembre, 1863.

El 19 de Noviembre de 1863 iba a tener lugar la consagración del Cementerio Nacional de Gettysburg. Al principio, el comité organizador de las ceremonias no había pedido al Presidente que pronunciara un discurso, porque los caballeros de aquel augusto cuerpo dudaban acerca de si Lincoln podría hablar en una ocasión tan grandiosa y solemne. Pero cuando fue invitado con mucho retraso a dedicar formalmente estos terrenos a su sagrado uso con unas observaciones oportunas, el Presidente accedió de buena voluntad.

Más de 15 000 personas acudieron al cementerio para escuchar a Edward Everett, el famosísimo orador, al que correspondía la principal intervención en el acto. La retumbante voz de Everett tuvo al auditorio en suspenso durante dos buenas horas. Sus gestos subrayaban con efecto dramático las alusiones clásicas del discurso.

Durante el discurso de Everett, el Presidente estuvo mirando su manuscrito, leyendo y relejendo las dos páginas. Y cuando Everett acabó, Lincoln se levantó apretando el manuscrito con las dos manos. Cuando empezó a hablar su voz sonó estridente.

"Hace ochenta y siete años que nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación concebida en la libertad y consagrada al principio de que todos los hombres son creados iguales". Las palabras podían ser claramente oídas en el campo por el que paseaban los oyentes nerviosos.

"Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil, comprobando si esta nación o cualquier otra nación así concebida y consagrada puede subsistir. Estamos reunidos en el campo de una gran batalla de esta guerra. Hemos venido a consagrar una parte de este campo como lugar para el reposo final de aquellos que aquí dieron sus vidas con el fin de que esta nación pueda vivir. Nada más justo y adecuado que así lo hagamos".

A la gente situada delante de la plataforma las frases sin retórica y el lenguaje sencillo del Presidente le parecieron incoloros después de la florida oratoria de Everett.

"... Sin embargo, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar esta tierra. Los valientes, vivos y muertos, que lucharon aquí, la consagraron de tal manera que está fuera de nuestras pobres fuerzas añadir o quitar nada. El mundo prestará poca atención a lo que digamos aquí, no lo recordará mucho tiempo, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron en este sitio. Más bien nos corresponde a los que vivimos ser consagrados en este lugar a la labor inacabada que iniciaron tan noblemente los que aquí combatiéron. Más bien nos corresponde a nosotros consagrarnos aquí a la gran tarea que resta por delante, para que esos honrados muertos nos inspiren una devoción aún más grande hacia esa causa por la que ellos dieron la más plena medida de devoción para que proclamemos solemnemente que esos muertos no perecieron en vano, para que esta nación, bajo la guía de Dios, renazca en la libertad y para que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra".

Así terminó el discurso. Lincoln habló menos de tres minutos, un fotógrafo situado delante de él no tuvo tiempo de enfocar su cámara, poner una placa y apretar el disparador, el discurso estuvo acabado casi antes de empezar.

En la tribuna, Edward Everett susurró al Secretario de Estado Seward. Esto no es lo que

esperaba de él. Estoy decepcionado. Seward creyó también que Lincoln había tenido una intervención desgraciada. El discurso no estuvo a la altura del orador.

El mismo Lincoln se sintió disgustado de su discurso; pensó que no lo había "pulido" suficientemente y que cayó sobre el auditorio como una manta húmeda. Más tarde se reprochó a sí mismo. Debí prepararlo con más cuidado.

Los periódicos también se quedaron fríos con el discurso del Presidente en Gettysburg. El diario de la cercana ciudad de Harrisburg escribió: Pasamos por alto las tontas observaciones del Presidente, por el crédito que merece la nación esperamos que el velo del olvido caiga sobre ellas y que no serán repetidas ni recordadas. El corresponsal del Times, de Londres, informó que la ceremonia resultó grotesca por algunas ocurrencias de ese pobre Presidente Lincoln, que parece decidido a representar, en esta gran Unión americana, el papel del famoso gobernador de la Insula Barataria. Sería difícil hacer nada más insulso y vulgar.

El primer comentario favorable apareció en el Chicago Tribune, y fue seguido por el Springfield Republican, un diario de Massachusetts. Volved a leerlo —aconsejaba el Republican—, valdrá la pena de estudiarlo como un modelo de discurso. Fuertes sentimientos y un poderoso cerebro fueron sus padres y un poco de esmero fue su comadrona.

BAJA LA MAREA

1864

Grant, el hijo de un curtidor de Ohio, Grant, el bebedor, el decidido y reservado; Grant, el hombrecillo de aspecto achaparrado, de rostro con barba irregular y ojos penetrantes, era el héroe del día. Un clamor popular pidió su nombramiento como jefe de todo el ejército y el Presidente accedió jubilosamente.

En Marzo de 1864, Ulises S. Grant, recién nombrado teniente general, acudió a Washington para recibir el grado, y entonces el Presidente y Grant se vieron por vez primera. Lincoln le dijo que podía planear su estrategia sin temor de interferencias y reveló al General que él nunca creyó ser un militar ni conocer cómo debían dirigirse las campañas, y nunca quiso interferirse en las cuestiones de los militares, pero que la falta de prisa en los militares y la presión del pueblo del Norte y del Congreso, que siempre estuvieron a su lado, le obligaron a emitir su serie de "órdenes militares", una, dos, tres, etc. El no sabía si todas fueron equivocadas, pero sabía que algunas lo fueron. Todo lo que quería y había querido era encontrar a alguien que quisiera asumir la responsabilidad y actuar. Le proporcionaría toda la ayuda que necesitara, comprometiéndose personalmente a emplear todo el poder del Gobierno en prestarle tal ayuda.

A primeros de Mayo comenzó el movimiento de avance. A los buenos deseos del Presidente, Grant contestó escuetamente: Si mi éxito es menor de lo que deseo y espero, lo menos que podré decir será que la culpa no ha sido suya.

Empezó el cerco de la capital confederada. El ejército de la Unión se atrincheró delante de Petersburg. Grant dijo que decidiría el combate en aquella línea, aunque le costara luchar todo el verano. Le costó luchar todo el verano y todo el invierno también. Durante casi diez meses —desde Junio de 1864 hasta Abril de 1865— el ejército estuvo en las trincheras, minando y atacando las líneas de aprovisionamiento de Lee. Lincoln telegrafió a Grant: Apriete como la presa de un bulldog y muerda y ahogue todo lo que pueda.

REELEGIDO

El 12 de Octubre de 1863, Elihu B. Washburne, diputado por Illinois, escribió al Presidente. A pesar de las preocupaciones que nos rodean, ha llegado el momento en que debemos afrontar la cuestión de quién será nuestro próximo candidato presidencial. Creo que debería usted dar a conocer a sus amigos confidenciales cuáles son sus deseos. Y Lincoln contestó: Un segundo período sería un gran honor y una gran carga que, juntos, quizá no declinaría si se me ofrecieran.

Lincoln deseaba desempeñar un segundo período presidencial para completar la tarea que había empezado: terminar la guerra, restaurar la Unión y conducir a los Estados separados otra vez bajo la misma bandera sin rencor ni discriminación. Pero cuando alboreó el año 1864 las apariencias eran sombrías. Muchos de los republicanos más influyentes se oponían a un segundo período de Lincoln.

La victoria en los comicios fue decisiva. Lincoln obtuvo 2 213 665 votos populares contra 1 802 237 para McClellan. Los votos de los soldados, que se computaron aparte, favorecieron al Presidente por 116 000 votos contra los 33 749 de McClellan.

Le felicito a usted por la elección —escribió Ralph Waldo Emerson a un amigo— Raras veces en la historia se ha arriesgado tanto en una votación popular. Me parece que jamás en toda la historia.

Cuando una multitud entusiasta acudió a dar una serenata a Lincoln, éste dijo pensativamente. Ha sido siempre una grave cuestión la de saber si un gobierno no demasiado fuerte para suprimir las libertades de su pueblo puede ser lo bastante fuerte para conservar su existencia en los graves peligros. A este respecto, la presente rebelión ha sometido a nuestra república a una severa prueba, y una elección presidencial desarrollada de manera regular durante la rebelión no ha contribuido a aliviar la tensión.

Si cuando el pueblo leal estaba unido la rebelión puso a prueba toda su fuerza, ¿no se derrumbaría estando dividido y parcialmente paralizado por una lucha política interna? Pero la elección era una necesidad. No podemos tener gobierno libre sin elecciones, y si la rebelión hubiera podido obligarnos a renunciar a una elección nacional o a aplazarla, podría justamente gloriarse de habernos vencido y arruinado.

Y el Presidente repitió sus juicios. La elección, juntamente con su lucha incidental e indeseable, ha proporcionado también beneficios. Ha demostrado que un gobierno del pueblo puede afrontar una elección nacional en medio de una gran guerra civil. Hasta ahora el mundo no sabía que existiera esa posibilidad. Esto demuestra también lo sanos y fuertes que somos.

Confiaba en el futuro. Confiaba en que la nación se uniría de nuevo. Su fe resplandecía brillantemente.

LA JORNADA DEL PRESIDENTE

Se levantaba temprano. A las ocho había despachado su desayuno, compuesto por una taza de café, un huevo y una tostada. Luego leía el correo. Su Secretario, John Hay, recordaba. Escribía muy pocas cartas. No leía ni una entre cincuenta de las que recibía. Escribía de su puño y letra quizá media docena por semana, no más. Su jornada oficial empezaba a las diez, pero las antecámaras y vestíbulos estaban llenos mucho antes de esa hora. Al principio concedía audiencia casi a cualquier hora del día, mas cuando el número de visitantes aumentó, el horario de visitas se limitó de diez a tres y más adelante de diez a una. Pero Lincoln no era hombre para observar tales reglas, no era metódico ni experto en la manera de llevar los negocios. Recordaba también su Secretario. En cuanto se establecía un reglamento para las audiencias, lo rompía inmediatamente. Desaprobaba cualquier medida para alejar de él a la gente, aunque le amargaban la vida con quejas y peticiones irrazonables.

Los miembros del Gobierno tenían preferencia y después de éstos los senadores y diputados, que la mayoría de las veces iban acompañados por sus representantes. Los martes y los viernes aquellos baños de opinión pública se cortaban tajantemente. En esos días había consejo de ministros.

Al medio día solía abrirse paso a través de la multitud hacia sus habitaciones particulares, donde almorzaba ligeramente: galletas, fruta y un vaso de leche. Luego, de vuelta al trabajo.

A las cuatro salía con Mary a dar un paseo, deteniéndose a veces en un Hospital donde charlaba con los heridos. Cenaba entre cinco y seis. Comía parcamente y se preocupaba poco de la manera como estaban cocinados los alimentos. No bebía licores fuertes, pero de vez en cuando tomaba un vaso de vino o de cerveza. Nunca fumó.

Una vez por semana —excepto en verano, cuando la familia Lincoln se instalaba en el Soldier's Home fuera de la ciudad— se celebraba en la Casa Blanca una recepción nocturna o besamanos, al que asistían centenares de invitados. En las demás noches se le podía encontrar trabajando en su despacho. Antes de irse a la cama —generalmente entre las diez y las once de la noche—, se acercaba andando hasta el Departamento de Guerra para leer los telegramas del frente. Pero si se había librado alguna batalla importante permanecía en la oficina de telégrafos hasta las primeras horas de la mañana.

Por regla general los amigos solían visitarle por las noches y Lincoln les leía párrafos de Shakespeare, de Robert Burns o bien obras de humoristas contemporáneos

Le gustaba la música triste y sentimental Hill Lamon frecuentemente cantaba baladas para él y le agradaban las melodías de Stephen Foster Era muy aficionado al teatro y a la ópera Necesitaba distraerse O cambio un poco de ambiente o me muero, decía

No dormía bien, pero pasaba en la cama muchas horas Su hijo menor, Tad, usualmente dormía con él Por las noches el niño solía quedarse en el despacho hasta que caía dormido y entonces Lincoln lo llevaba en brazos a su dormitorio

LAS BATALLAS FINALES

Los días de la Confederación estaban terminando A mediados de Diciembre de 1864 la invasión sudista sobre Tennessee fue rechazada El General Thomas derrotó a su adversario en Nashville tan completamente que el ejército confederado del Oeste nunca se recuperó

El 10 de Diciembre el General Sherman salió de Atlanta Sus hombres marcharon a través de Georgia, viviendo de los recursos del terreno, y trazaron una franja de devastación de noventa kilómetros de ancho para escaimantar a los rebeldes Sherman llevó los horrores de la guerra a tierras del Sur Se acabó la guerra caballerisca la guerra era infernal Menos de dos semanas más tarde sus tropas llegaron al mar, Georgia quedó cortada en dos El 22 de Diciembre Sherman telegrafió a Lincoln Le ruego que admita como regalo de Navidad la ciudad de Savannah, con 150 cañones pesados y gran cantidad de municiones, así como unas 25 000 balas de algodón

1865

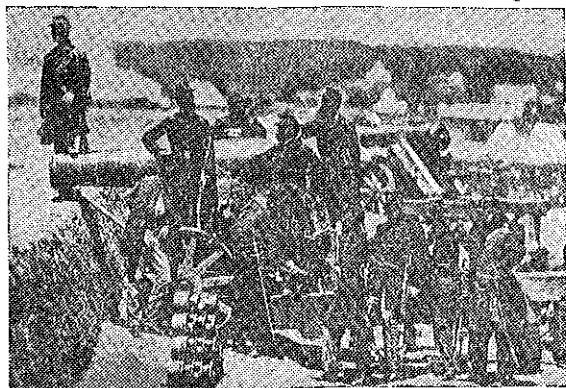
Los Estados Unidos estaban en el camino de convertirse en una nación libre La esclavitud moría, aun antes de que la Decimotercera Enmienda fuese aprobada a fines de Enero de 1865, Arkansas, Louisiana, Maryland y Missouri habían abolido la esclavitud, Tennessee y Kentucky mostraban deseos de seguir el mismo camino

ENERO

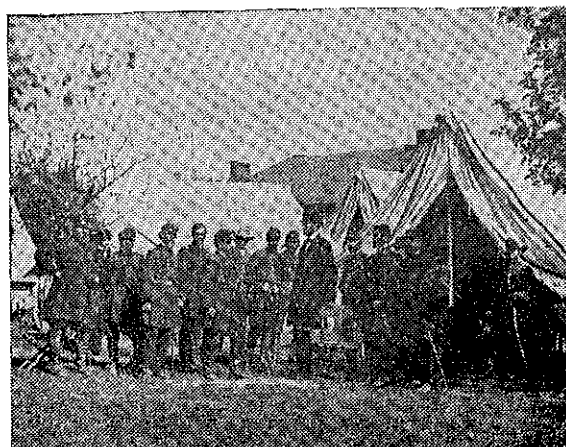
A principios de Enero de 1865, Francis Preston Blair, amigo de Andrew Jackson y miembro de su Gabinete-Cocina, emprendió viaje a Richmond para sondear a Jefferson Davis con miras a un acuerdo de paz Davis se manifestó dispuesto a negociar con el Norte para que la paz pudiera volver a los dos países Pero cuando Blair entregó su mensaje a Lincoln, éste corrigió a Davis el Norte parlamentaríamente con el Sur para que la paz pudiera volver al pueblo de nuestro único y común país.

FEBRERO

Así, en el tercer día de Febrero, el Presidente, acompañado por William H Seward, su Secretario de Estado, se reunió con tres negociadores confederados —Alexander H Stephens, vicepresidente de la Confederación, R M T Hunter y el Juez John A Campbell— a bordo del transporte River Queen, en Hampton Roads



Fuerte Coscoran, protector de Washington, D. C.



El Presidente visita al Gral. McClellan.

La conversación acabó amistosamente, pero sin resultado político. Seward envió a los comisionados una cesta llena de botellas de champaña, que fue llevada por un negro en una barca de remos. La voz del Secretario de Estado, amplificada por el megáfono del contramaestre, resonó sobre las aguas. ¡Quedaos con el champaña!, rugió Seward. Y concluyó con una risita. Pero devolved el negro.

La lucha continuó, la destrucción continuó y los hombres tuvieron que sufrir y tuvieron que morir. Esto parecía no tener sentido, ahora que el desenlace de la guerra era tan evidente.

MARZO

Un mes después de las conversaciones de Hampton Roads, Lincoln tomó posesión de la Presidencia por segunda vez. El 4 de Marzo resultó un día sombrío y lluvioso, las calles estaban cubiertas de barro y soplaban un ventarrón frío y racheado. Al aparecer en la tribuna fue acogido con una formidable ovación. Y cuando las voces se apagaron, Lincoln habló.

"En esta segunda aparición para prestar el juramento del cargo presidencial, hay menos ocasión de pronunciar un largo discurso que cuando tuvo lugar la primera. Entonces parecía adecuada y oportuna una declaración hecha con cierto detalle acerca del rumbo que se iba a seguir. Ahora, al expirar cuatro años durante los cuales se han publicado constantemente declaraciones acerca de cada punto y fase de la gran contienda que todavía absorbe la atención y acapara las energías del país, pocas cosas nuevas pueden decirse. Los progresos de nuestras armas, de los que depende fundamentalmente todo lo demás, son conocidos por el público tan completamente como los conozco yo mismo, y esto es, así lo espero, razonablemente satisfactorio y alentador para todos. Con grandes esperanzas para el futuro, no se aventura ninguna predicción a este respecto.

"En la ocasión correspondiente a ésta celebrada hace cuatro años, todos los pensamientos se dirigían angustiosamente hacia la inminente guerra civil. Todos los tenían y todos deseaban evitarla. Mientras desde este lugar se pronunciaba el discurso inaugural, dedicado por completo a salvar la Unión sin guerra, agentes de la insurrección se movían por la ciudad procurando destruir la Unión también sin guerra, procurando disolverla, con reparto de sus bienes, mediante negociación. Ambas partes se declaraban contra la guerra, pero una de ellas iría a la guerra antes que permitir la supervivencia de la nación mientras la otra aceptaría la guerra antes que dejarla parecer. Y vino la guerra.

"Una octava parte de la población estaba constituida por esclavos de color, no distribuidos uniformemente sobre la Unión, sino localizados en su parte Sur. Estos esclavos eran objeto de un interés peculiar y poderoso. Todos sabían que ese interés era, en definitiva, la causa de la guerra. Reforzar, perpetuar y extender ese interés era la causa por la cual los insurgentes querían dividir la Unión, incluso por la guerra, mientras el Gobierno no reivindicaba otro derecho que el de restringir la ampliación territorial de ese interés. Ninguna de las partes esperaba que la guerra alcanzara la magnitud ni la duración que ha adquirido ya. Ninguna de ellas imaginaba que la causa del conflicto pudiera cesar con el conflicto o aun antes que éste. Cada una buscaba un triunfo fácil y un resultado menos fundamental y asombroso. Ambas leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios, y cada una invoca su ayuda contra la otra. Puede parecer extraño que unos hombres se atrevan a pedir la ayuda de un Dios justo para arrancar su pan del sudor de las frentes de otros hombres, pero no juzguemos y no seamos juzgados. Era imposible que las oraciones de ambos bandos fueran escuchadas; ninguno de ellos ha sido escuchado plenamente. El Todopoderoso tiene Sus propias intenciones. "¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque fuerza es que vengan los escándalos; mas ¡ay del hombre por quien viene el escándalo!" (Mateo, 18-7). Si suponemos que la esclavitud americana es uno de esos escándalos que, por la providencia de Dios, es forzoso que vengan, pero que habiéndose prolongado más allá del plazo concedido por Dios, El quiere ahora eliminarlo, y que El envíe tanto al Norte como al Sur esta terrible guerra como la maldición debida a aquellos por los que vino el escándalo, ¿debemos ver en esta suposición una tergiversación de esos divinos atributos que los creyentes en un Dios Vivo Le han adscrito siempre? Tiernamente esperamos, oramos fervientemente para que este poderoso azote de la guerra se aleje rápidamente de nosotros. Pero si Dios quiere que continúe hasta que desaparezca toda la riqueza acumulada por los esclavos en doscientos cincuenta años de arduo trabajo no remunerado y hasta que cada gota de sangre brotada bajo el látigo sea rescatada con otra gota de sangre brotada bajo la espada, como se dijo hace dos mil años, debe decirse también. "Los juicios del Señor son verdaderos y justos a la vez".

"Sin malevolencia para nadie; con caridad para todos, con firmeza en la justicia, según Dios nos concede que veamos la justicia, continuemos combatiendo para terminar el trabajo en que estamos empeñados, para vendar las heridas de la nación, para cuidar del que haya llevado el peso de la batalla y de su viuda y de sus huérfanos, para hacer todo lo que pueda procurar y favorecer una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones".

Grant partió de City Point para dirigir el asalto final contra la Confederación. Desde el campo de batalla envió varias banderas al Presidente y Lincoln se regocijó. "Esto es una cosa material, algo que puedo ver, sentir y comprender. Esto significa victoria. Esto es la victoria."

El fin estaba a la vista. El 3 de Abril las tropas de la Unión tomaron Richmond. La capital secesionista, el signo del poderío confederado, se rindió.

Al día siguiente, Lincoln, feliz, entró en la ciudad. Los negros se congregaban a su alrededor, se arrodillaban delante de él. Debéis arrodillaros sólo delante de Dios para darle las gracias por vuestra liberación, les dijo. Un hombre de color gritaba: ¡Bendito sea el Señor! ¡Aquí está el gran Mesías! El Presidente sonrió. Un observador le encontró pálido, macilento y extremadamente cansado. Aquella noche, cuando el General Weitzel le preguntó cómo debía tratarse a la gente vencida, Lincoln contestó: Yo, en su lugar, les trataría con suavidad, con suavidad.

ABRIL

El 6 de Abril Grant transmitió un mensaje de Sheridan al Presidente en el que se daba cuenta de la captura de 7 000 prisioneros y de gran cantidad de material de guerra. Sheridan aconsejaba: Si se aprieta, creo que Lee se rendirá. Y Lincoln respondió con este telegrama: "Que se apriete".

Las líneas de aprovisionamiento de Lee estaban cortadas y el enemigo sobrepasaba a sus soldados en la proporción de cinco a uno. Sus hombres iban descalzos y carecían de municiones.

El 8 de Abril el Presidente emprendió el camino de Washington. Aquel día Grant intercambió notas con Lee. A la mañana siguiente Lincoln visitó a Seward, que había resultado gravemente herido en un accidente de coche. Seward, con su cara y cuello envueltos en vendas, susurró: ¿Viene usted de Richmond? Si —fue la respuesta—, y creo que por fin estamos cerca del desenlace.

Aproximadamente en el momento en que Lincoln hacía esta visita, el General Lee se rendía al General Grant en el Juzgado de Appomatox.

Aquella noche una multitud entusiasta se congregó delante de la Casa Blanca de Washington y reclamó la aparición del Presidente. Este habló, pensativo y sobrio, meditando sobre el futuro de los Estados rebeldes.

Todos estamos de acuerdo en que los llamados Estados secesionistas están fuera de toda relación práctica con la Unión y que el único objeto de la autoridad civil y militar en lo que se refiere a esos Estados es el de renovar con ellos esa relación práctica. Creo que no sólo es posible, sino, de hecho, más fácil hacer esto, sin decidir, y ni siquiera considerar, si esos Estados se han situado alguna vez fuera de la Unión que decidiéndolo así. Una vez que se hallasen seguros en su propia casa carecería completamente de importancia la cuestión de si han estado alguna vez fuera de la Unión o no.

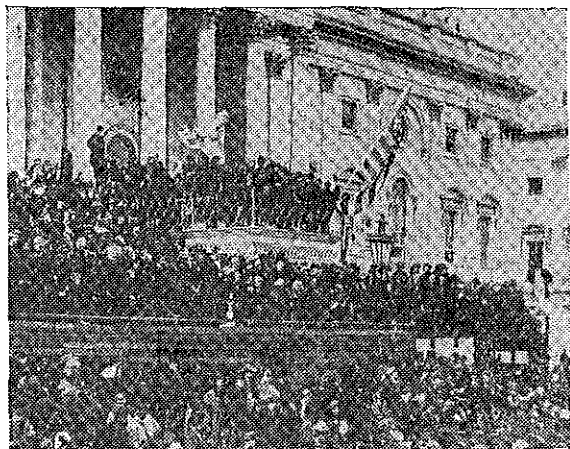
Tad estaba junto a su padre mientras éste hablaba y oyó el discurso del senador Harlan, quien preguntó emotivamente: "¿Que hacemos con los rebeldes?".

Cuando la gente gritó "¡Colgarlos!" Tad, según refiere la historia, se volvió hacia su padre y dijo: "No, no, papá. Que no los cuelguen. Que los levanten". "¡Eso es!" —exclamó Lincoln—. "Tad ha acertado: debemos levantarlos".

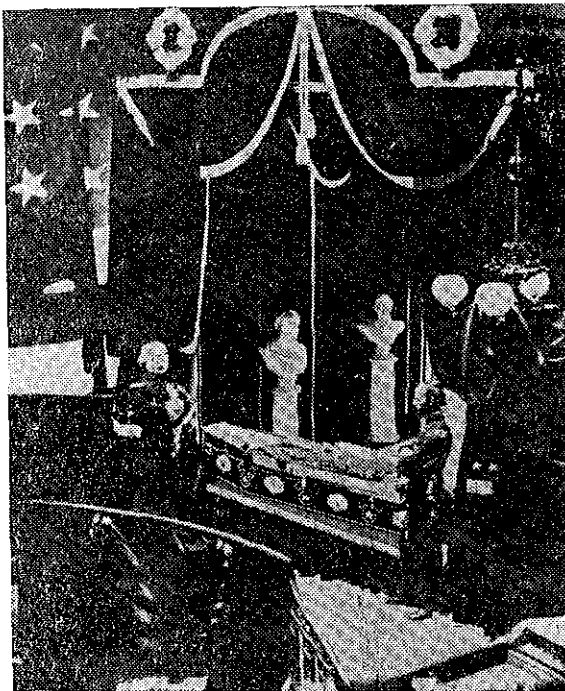
UN SUEÑO SINIESTRO

Una noche de Abril, Lincoln tuvo un extraño sueño que refirió a Mary.

"Hace diez días" —le dijo— me acosté muy tarde. "Había estado esperando importantes mensajes del frente. No podía hacer mucho tiempo que estaba en la cama cuando caí en un



Segunda toma de posesión



La única fotografía de Lincoln en su féretro. La placa fue destruida por orden del Ministro de la Guerra, Edwin M. Stanton. Una copia fue descubierta 87 años más tarde, en 1952, entre los papeles de John G. Nicolay, secretario privado de Lincoln.

sopor profundo, pues estaba muy cansado. Pronto empecé a soñar. Me parecía percibir una quietud de muerte a mi alrededor. Entonces oí sollozos ahogados como si alguien estuviese llorando. Me pareció que me levantaba de la cama y descendía las escaleras. En el piso bajo el silencio estaba roto por las mismas tristes lamentaciones, pero no se veía a los que sollozaban. Vagué de habitación en habitación, los ojos no encontraban ninguna persona visible, pero los mismos murmullos de duelo me recibían a medida que pasaba. Vi luz en todas las habitaciones. Todos los objetos me eran familiares. ¿Pero dónde estaban todas aquellas personas que se quejaban como si se les partiera el corazón? Yo estaba intrigado y alarmado. ¿Cuál podía ser el significado de todo aquello? Decidido a encontrar la causa de una situación tan misteriosa y chocante, continué avanzando hasta que llegué a la sala del Este, en la que entré. Allí me encontré con una aterradora sorpresa. Delante de mí estaba un catafalco sobre el que descansaba un cadáver amortaljado. A su alrededor los soldados montaban la guardia. Había un grupo de gente contemplando tristemente al cadáver, cuyo rostro estaba cubierto. Otros lloraban desconsoladamente. "¿Quién ha muerto en la Casa Blanca?", pregunté a uno de los soldados. "El Presidente —fue la respuesta—, un asesino le ha matado". Luego se produjo entre la multitud una fuerte explosión de lamentaciones que me despertó. No dormí más aquella noche; y aunque fue sólo un sueño, me ha preocupado extrañamente desde entonces".

Aquel relato turbó grandemente a Mary. "Quisiera que no me lo hubieras contado. Me alegro de no creer en los sueños, porque en otro caso estaría aterrorizada para siempre".

"Bien, Mary, fue sólo un sueño. No hablemos más del asunto y procuremos olvidarlo".

¿Pero cómo iba a olvidarlo Mary? Sabía que el correo traía diariamente a Lincoln cartas de advertencia, cartas de amenaza. Tenía oscuras premoniciones. Pero cuando le prevenían, cuando sus mejores amigos le imploraban que no saliera de la Casa Blanca sin una guardia y que no anduviera nunca solo por las calles, Lincoln se limitaba a reírse.

"¿Para qué van a querer asesinarme?" —preguntaba—. "Si alguno lo quiere, puede hacerlo en cualquier momento del día o de la noche, siempre que esté dispuesto a cambiar su vida por la mía. Sería una estupidez".

Cuando habló acerca de su sueño con Hill Lamon le dijo: "Hill, su aprensión acerca del posible daño que pueda hacerme un enemigo oculto es pura tontería. Durante mucho tiempo ha estado usted intentando impedir que alguien, sabe Dios quién, me mate. ¿No ha visto usted lo que ha pasado? En ese sueño el muerto no era yo, sino alguna otra persona. Parece que

el fantasmal asesino probó su habilidad con algún otro. Y esto me recuerda a un viejo agricultor de Illinois, cuya familia enfermó por haber comido ciertas hortalizas. Alguna hierba venenosa se introdujo en la comida y la familia estuvo en peligro de muerte. Había en la familia un muchacho medio tonto llamado Jake, y después, siempre que había hortalizas para comer, el viejo solía decir "Antes de arriesgarnos a comer las hortalizas, que las pruebe Jake. Si él resiste, todo irá bien". Lo mismo me pasa a mí. Mientras el imaginario asesino siga matando a otros, yo podré resistirlo".

SU ULTIMO DIA

El 14 de Abril el General Anderson izó de nuevo la bandera de la Unión en el Fuerte Sumter, aquel día el Secretario de Guerra hizo saber que el reclutamiento quedaba suspendido y Lincoln escribió al General Van Alen expresando la esperanza de que la Unión restaurada se convirtiera en una unión de corazones y brazos como lo es de Estados.

En aquella mañana se celebró una reunión del Gabinete, a la que se invitó al General Grant. Se discutió la restauración y restablecimiento de la Unión. ¿A quién debía reconocerse como autoridad de un Estado? Lincoln dijo "No podemos dedicarnos a organizar gobiernos en todos esos Estados del Sur. Su propia población debe encargarse de ello, aunque creo que al principio algunos de ellos pueden hacerlo mal". ¿Y cuál debía ser la suerte de los jefes confederados? Se especulaba acerca de si huirían o bien si permitirían que los capturasen para ser juzgados. El Administrador General de Correos, Dennison, preguntó "Imagino, señor Presidente, que no lo sentirá si se escapan al extranjero".

"Bueno" —fue la respuesta—, "no lo sentiría si abandonaran el país; pero procuraría seguirlos muy de cerca para asegurarme de que se iban de verdad".

El Gral Grant informó sobre la rendición de Lee y sobre las condiciones que había concedido a los soldados confederados. Les dije que volvieran a sus hogares junto a sus familias y que no serían molestados si no hacían otra cosa. Lincoln aprobó con un movimiento de cabeza. Luego el Presidente habló de ciertos miembros del Congreso que están dominados por sentimientos de odio y venganza con los que no simpatizo y en los que no puedo participar.

Una vez terminada la reunión del Gabinete, Lincoln recibió a algunos visitantes. Entre ellos estaba Nancy Bushrod, una mujer de color que había acudido en demanda de la paga de soldado de su marido. Mi buena mujer, tal vez verá usted muchos días en que toda la comida que haya en su casa sea una hogaza de pan. Aunque así sea, dé una rebanada a cada uno de sus hijos y mándelos a la escuela. Y a continuación hizo una reverencia delante de Nancy. Ella nunca la olvidó. "Como si yo hubiera sido una gran dama".

Luego Lincoln firmó el perdón para un desertor comentando: "Supongo que el muchacho podrá servirnos más sobre tierra que bajo tierra".

Por la tarde, como era su costumbre, salió a dar un paseo con Mary. Estaba de excelente humor, y soñó despierto acerca del futuro.

"Hemos pasado una difícil temporada desde que vinimos a Washington" —le dijo—, "pero ahora la guerra ha terminado, y con la bendición de Dios podemos esperar cuatro años de paz y felicidad. Luego volveremos a Illinois y pasaremos tranquilos el resto de nuestras vidas. Hemos guardado algún dinero y durante ese tiempo ahorraremos más, pero no tendremos bastante para sostenernos. Volveremos a Illinois. Yo abriré un bufete de abogado en Springfield o en Chicago y ejerceré el Derecho, y esto, al menos, nos ayudará a ganarnos la vida".

Al volver del paseo, Lincoln no se sentía con humor para trabajar. Leyó al gobernador de Illinois, Oglesby, y al General Haynie, que habían acudido a visitarle, unos cuantos capítulos de las Cartas de Petroleum W. Nasby con tal despreocupación y agrado que la cena hubo de esperar.

Después de cenar se encaminó al Departamento de Guerra para ver si había noticias del ejército de Sherman. Y llegó la hora de ir al Teatro. Por la mañana se había acordado que el Presidente y la señora de Lincoln acudirían al Teatro para presenciar Nuestro primo de América, acompañados por el General Grant y su esposa. La capital estaba llena de soldados y oficiales ansiosos por ver al Presidente y al general en jefe del ejército. Pero Grant, deseoso de salir de

Washington, pidió que le excusaran, y, por tanto, la señora de Lincoln invitó a la señorita Clara Harris y al Comandante Henry Reed Rathborne, hija e hijastro del senador Ira Harris

El grupo presidencial llegó al Teatro cuando la función estaba ya empezada. Al entrar el Presidente, los actores suspendieron la representación y la banda interpretó Saludo al Jefe. Lincoln hizo una inclinación de cabeza al auditorio y se sentó en una mecedora en la parte posterior del palco.

Y mientras contemplaba el espectáculo, un hombre joven se adelantó con el loco desig-
nio de asesinarle. John Wilkes Booth, de veintiséis años y miembro de la famosa familia de
actores teatrales de este nombre, un romántico enamorado del Sur, con la mente desequilibrada
y bajo la influencia del alcohol, había hecho sus preparativos con gran cuidado. Unas horas
antes de que comenzara la función había estado en el Teatro perforando un agujerito en la puer-
ta del Palco Presidencial. Ahora había vuelto, y como la guardia se había retirado, nadie le
cerró el paso. Durante unos instantes atisbó a través del agujero. Un momento antes, Lincoln
había tomado entre las suyas la mano de Mary, y ésta susurró "¿Que pensará la señorita Harris?"
El Presidente se rió "No pensará absolutamente nada". Conservó asida la mano de Mary mien-
tras seguía con atención la comedia.

Sigilosamente Booth entró en el palco con una pequeña pistola Derringer en la mano
derecha y un puñal en la izquierda, apuntó con la pistola a la cabeza del Presidente y apretó
el gatillo.

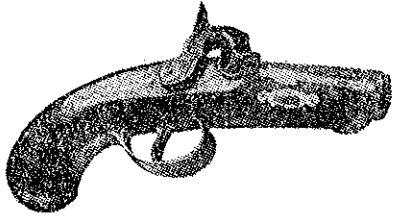
Lincoln se derrumbó sobre su asiento. El Comandante Rathborne se precipitó sobre el
intruso. Booth le hirió con su daga y saltó sobre la baranda del palco al escenario, situado unos
tres metros debajo. La espuela de su bota de montar se enganchó en la bandera que adorna-
ba el palco, cayó, pero se levantó rápidamente y gritó "Sic semper tyrannis" (Así mueren los
tiranos), la frase que pronunció Bruto en el asesinato de César.

La sala se convirtió en un manicomio. Un joven cirujano del ejército subió al Palco
Presidencial. Mary aferró su brazo. ¡Oh, doctor! ¿Está muerto? El doctor Charles Leale,
de veintitrés años, miró la herida de Lincoln y su rostro se oscureció. La bala había entrado por
la parte posterior de la cabeza del Presidente, atravesó el cerebro y se alojó detrás del ojo dere-
cho. No había esperanza.

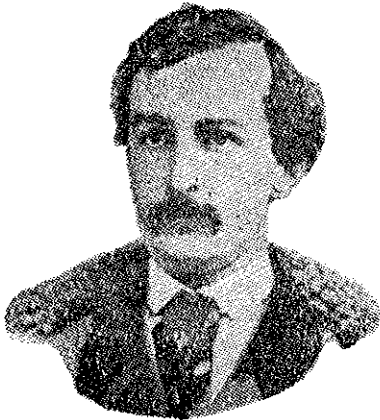
El Presidente, mortalmente herido, fue alzado por los hombros y piernas y llevado a la casa
más próxima, situada enfrente del Teatro, donde fue depositado sobre un lecho.

Llegaron miembros del Gobierno y altos jefes militares. El Secretario de la Marina,
que estaba presente, anotó en su diario. El excepcional paciente yacía atravesado sobre la ca-
ma, que no era suficientemente larga para él. Había sido despojado de sus vestidos. Sus lar-
gos brazos, casualmente descubiertos, eran de un volumen que apenas podían esperarse de su
enjuta apariencia. Su respiración, lenta y profunda, levantaba las cubiertas de la cama a cada
inspiración. Sus facciones estaban serenas y causaban una gran impresión.

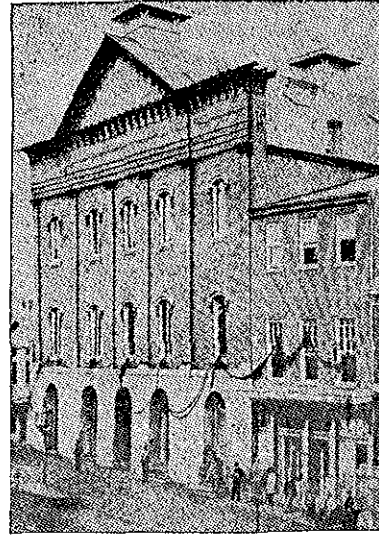
Lincoln luchó contra la muerte toda aquella noche. A las 7.22 de la mañana todo había
terminado.



EL TEATRO DE LA TRAGEDIA



Arriba, a la izquierda, el arma homicida, una pistola Deringer, usada por John Wilker Booth (abajo), joven actor, apasionado sueño. A la derecha, el Teatro Ford, enlutado y resguardado por soldados después de la tragedia.



Abajo, una concepción artística de la secuencia de los hechos: El Presidente y su esposa en el palco presidencial en el momento en que el asesino apunta a la cabeza y dispara; el asesino saltando del balcón al escenario desde donde gritó "Sic semper tyrannis"; huyendo a caballo en la oscuridad de la noche; y el Presidente, mortalmente herido, rodeado de médicos que le asistieron en una casa vecina.

